

SUBASTADA AL ALFA DE LA MANADA

OLIVIA T. TURNER

SUBASTADA AL ALFA DE LA MANADA

EL MEJOR POSTOR

LIBRO 2

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo siete
Capítulo Ocho
Capítulo nueve
Capítulo Diez
Epílogo
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Descubre esta serie

A todas las mujeres que esperan a que uno de mis cambiaformas oso aparezca en la vida real.
A la cola, zorras.



CAPÍTULO UNO

Warren

El chico nuevo está intentando gritar algo por encima del estruendo ensordecedor de mi cargadora de troncos, pero no oigo ni una palabra. Solo veo que mueve la boca. *Novatos de mierda...*

Está agitando los brazos y plantado justo donde intento balancear los troncos recién cortados por la zona de trabajo.

—¡Quítate! —le grito yo, aunque probablemente no pueda oírme, ya que estoy encerrado en esta máquina con unos cristales insonorizados bastante buenos.

Él sigue hablando, pero no escucho nada.

¿Cómo cojones ha conseguido este tío a su pareja antes que yo?

Me alegro por el chaval, pero Mitch tiene, ¿qué?, ¿veintidós años? Es un cambiapieles de oso negro y todos los días, al terminar el trabajo, su pareja está allí esperándolo con minifalda y un gran beso. No puedo ni mirar.

Mientras tanto, yo tengo treinta y tres años y nunca hay nadie esperándome. Llevo doce años trabajando en la madera en estas montañas y aún no sé lo que es salir de trabajar y que me reciban con un beso cálido.

—¡Muévete! —vuelvo a gritar cuando sigue hablando como si yo pudiera oír algo con el estruendo de estas máquinas. No es el más

listo del barrio—. ¡He dicho que te QUITES! ¡Y al cuerno!

Giro la enorme pinza metálica que sujeta tres troncos y él se aparta de un salto cuando ve que viene directa hacia su cabeza.

Hay gente que solo aprende por las malas. Le he dicho mil veces que no se acerque a las máquinas mientras están en marcha, pero no le entra en su dura mollera. Quizá ver tres troncos gigantes volando hacia su puta frente haga que por fin lo entienda.

Se agacha bajo los troncos y viene corriendo hacia la máquina. Suelto la carga en la pila donde Sanders observa toda la escena negando con la cabeza. Mitch me pone de los nervios, pero a Sanders lo saca de quicio. El viejo y gruñón cambiapieles de grizzly ha perdido toda la paciencia con el novato.

Mitch abre la puerta de cristal y el rugido de la máquina inunda la cabina.

—¿Qué haces? —le pregunto mientras lo miro con incredulidad.

—Lo siento, jefe —dice con voz acelerada—. Hay algo que debería saber.

Espero a que lo suelte, pero se queda mirándome.

—¿Qué pasa? —le espeto.

—Hay una mujer en su rancho.

Me pongo un poco más erguido. ¿Una mujer? ¿En mi rancho? ¿Podría ser ella? ¿Podría ser mi compañera?

—Es muy rara —dice con una mueca en la cara—. No es de por aquí, seguro.

Mis hombros vuelven a caer mientras la conocida sensación de decepción se instala en mí. Por supuesto que no es ella. Nunca es ella.

—¿Qué quiere?

—He ido allí para recoger el archivo que necesitaba —dice, asintiendo con la cabeza como un cachorro excitado—. El de Henderson con el contrato para el...

—Mitch —lo corto—. La mujer. ¿Qué cojones hace allí?

—¡Ah, sí! Quería hablar con el dueño del rancho. Tenía un jet privado y todo. Lo ha aterrizado justo al lado del establo.

—¿Un jet privado? —No conozco a nadie que tenga ni un coche de lujo, mucho menos un jet privado.

—Y llevaba guardaespaldas cambiapieles con ella. Leones, por lo que he podido notar. Tres. Nunca había olido a un cambiapieles de león, pero estoy seguro de que era eso.

—¿Leones? —digo entre dientes. ¿Qué demonios está pasando? Quizá a este chico le ha caído un árbol en la cabeza y se lo ha imaginado todo. Es una explicación más probable.

—¿Ha dicho su nombre?

—Sí.

Más silencio.

—Bueno, ¡¿cómo coño se llama?!

—Ah, sí. Es una tal Coco St. James.

—¿Coco St. James? —Vaya nombre—. ¿Ha dejado algún número o algo?

—No, pero sigue allí. Dice que no se irá hasta que hable con usted.

—Maldita sea —murmuro mientras pongo la máquina en punto muerto. Me levanto del asiento mientras los ojos de Mitch, muy abiertos, recorren los controles.

—¿Quiere que me encargue yo?

—Ni hablar —le digo mientras llamo a Sanders con la mano.

El viejo grizzly se acerca pisando fuerte. Se sube a la máquina y agarra a Mitch por la nuca.

—¿Qué te he dicho sobre la maquinaria pesada y los niñatos escuchimizados? —le gruñe a Mitch en la cara.

Mitch traga saliva. —¿Que no se mezclan?

—Exacto —dice mientras echa al chico de mi cargadora—. Ahora, coge una pala y limpia esas astillas.

Mitch gime cuando ve la pila de astillas de madera, que es más alta que él.

—¿Puedo al menos usar la excavadora para recogerlas?

—No —gruñe Sanders.

Miro al viejo oso. Él suspira. —Está bien. Pero como vea que tonteas con ese trasto, las recogerás con tus propias manos.

Mitch corre hacia la excavadora aparcada dando saltitos. Es tan despreocupado. Siempre está feliz a pesar de estar en el escalón más bajo de la jerarquía aquí en la obra. Supongo que eso es lo que

te hace tener pareja. Nada puede hundirte cuando sabes que te meterás en la cama con la chica de tus sueños al final del día.

—Necesito que te encargues tú —le digo a Sanders—. Tengo algo que comprobar.

—Hecho, jefe —dice mientras pasa a mi lado y se acomoda en el asiento.

—Oye, Sanders.

—¿Dime?

—No seas muy duro con el chico.

Él gruñe con el ceño fruncido mientras vuelve a los controles.

Aunque espero ver un jet privado aparcado en mi rancho cuando entro con el coche, no deja de ser impactante. Parece tan fuera de lugar al lado del establo que construyó mi abuelo, reconstruyó mi padre y que yo estoy a punto de reconstruir en cuanto pueda permitírmelo. El edificio se está pudriendo. No creo que aguante otro invierno antes de derrumbarse.

Aparco frente a la gran casa de seis dormitorios en la que crecí. Estuvo llena de mis cariñosos padres y mis cuatro hermanas, pero ahora está vacía y fría. Solo yo. Completamente solo en esa casa tan grande.

El rancho está rodeado por las espectaculares montañas de Montana. Miles de acres de bosque virgen, valles, campos de flores silvestres, ríos de agua dulce e incluso un pequeño lago. Es perfecto para un cambiapieles de oso grizzly como yo. Solo desearía tener a alguien con quien compartirlo. Ni siquiera tengo animales en la granja, aparte de mi perro, Snoops.

Se me encoge el corazón cuando veo que la puerta del avión se abre y sale una mujer extraña. Mitch tiene razón. Definitivamente no es de por aquí.

Snoops está ladrando como loco dentro. Abro la puerta y el pastor alemán sale disparado y baja trotando los escalones de

madera de mi porche. Mira largamente a los extraños forasteros y luego se sitúa a mi lado mientras empiezo a acercarme.

Tres enormes guardaespaldas cambiapieles salen detrás de la mujer mientras ella baja la escalerilla. El viento trae su olor y mi oso se agita en mi interior cuando captamos la esencia felina.

Leones. Los tres. Mitch tenía razón.

—¿Es usted el dueño de este rancho? —pregunta la mujer mientras me acerco.

Va impecablemente vestida con una falda de tubo plateada y una chaqueta a juego sin una mota de suciedad, lo cual ya está bastante fuera de lugar para la moda de Montana. Todo el mundo en este pueblo lleva las botas sucias o manchas de barro en los pantalones de trabajar en sus ranchos.

Calculo que andará por los cincuenta. Pelo rubio corto y unos ojos de color azul gélido que no se pierden nada. Noto que esta mujer es muy lista solo por su actitud.

Me detengo a unos metros de ella y me cruzo de brazos. Snoops se queda a mi lado con el pelo del lomo erizado. Está tan inquieto como yo ahora mismo.

—Lo soy.

Ella sonríe. Su sonrisa tiene toda la calidez de un glaciar ártico.

—Mi nombre es Coco St. James —dice con voz segura—. Y le pido disculpas por esta presentación tan poco convencional.

Señala con la mano el jet y a los hombres corpulentos y de aspecto rudo que están detrás de ella. Trago saliva mientras los examino. ¿Tres leones contra un grizzly? No estoy seguro de cómo acabaría eso, y no tengo mucho interés en averiguarlo. Puede que mi oso sea capaz de ganar a los tres grandes felinos, pero sin duda sería doloroso. Hay un montón de garras afiladas en *tres* leones cabreados.

—¿Qué hace aquí?

Vuelve a mostrar esa sonrisa gélida. En lugar de tranquilizarme, solo me hace sospechar más.

—Me gustaría ofrecerle una oportunidad —dice—. Un millón de dólares por una noche.

Me limito a mirarla. Normalmente, cuando un charlatán extraño viene ofreciendo enormes cantidades de dinero por una noche de trabajo, es una estafa.

—Soy la propietaria y directora de la casa de subastas The Breeding Bidders —continúa—. ¿Ha oído hablar de ella alguna vez?

—Mire dónde vivo, señora. ¿De verdad cree que he oído hablar de eso?

Mira mis botas embarradas y mis vaqueros sucios, y hace una mueca de desprecio. —No, no lo creo. Somos una exclusiva casa de subastas secreta para multimillonarios y magnates.

—El rancho no está en venta —gruño.

Me doy la vuelta con los músculos tensos y la ira fluyendo por mis venas. Snoops me sigue mientras empiezo a caminar de vuelta a la casa. Qué valor tiene esta señora pensando que puede regatearme comprando el rancho de mi familia por solo un millón de dólares. Vale al menos diez veces más, sin mencionar el valor sentimental de cada centímetro. Aquí es donde me crié, donde se crió mi padre, demonios, donde se crió mi abuelo. Mi bisabuelo colonizó estas tierras y es mi patrimonio por nacimiento. Y será el de mis hijos, *si* es que mi pareja aparece de una vez.

Debo una barbaridad en impuestos atrasados y, con el negocio a la baja, me ha costado obtener beneficios, y mucho menos ganar lo suficiente para pagar la deuda. Pero eso no significa que esté desesperado por vender. Haré cualquier cosa para evitar que eso ocurra.

—No estoy aquí para comprar su rancho —dice ella—. Me gustaría celebrar una de mis subastas en sus tierras y estoy dispuesta a pagarle generosamente por el favor.

Me detengo en seco y me doy la vuelta lentamente.

Ella continúa al ver el interés en mis ojos.

—Tenemos seguidores leales entre los hombres más ricos del mundo. Llevamos treinta y cinco años funcionando y sirviendo con orgullo a los milmillonarios de sesenta y dos países. Montana es el centro de operaciones perfecto. Una ubicación central para nuestros clientes estadounidenses, canadienses y de la costa este. Un entorno

natural precioso. Pero, sobre todo, privado. Podemos llevar a cabo nuestros negocios al amparo de las grandes montañas de Montana.

—Un momento —digo—. ¿Están haciendo algo ilegal?

—Ilegal, *per se*, no —dice—. Pero es una zona legalmente gris. Sin embargo, entre nuestros clientes se encuentran algunos de los principales políticos, legisladores y la élite global de los países del G7. Nuestra organización no corre el riesgo de sufrir una redada o de que la clausuren.

¿Qué cojones? Algo hace clic en mi mente. Lo que ha dicho antes... La casa de subastas Breeding Bidders... «de criadores»...

—¿Qué están subastando exactamente?

—Vírgenes jóvenes —dice con confianza, como si esto no fuera una locura—. Al mejor postor. Mi tiempo es muy valioso, señor...

—Hensley.

—Señor Hensley. Así que necesito una respuesta. Su rancho es un lugar ideal. Las montañas camuflan la privacidad, hay terreno llano para una pista de aterrizaje y espacio para aparcar una flota de jets privados. Mi equipo llegará la mañana de la subasta, que me gustaría celebrar dentro de tres semanas exactamente. Lo prepararemos todo, celebraremos la subasta y nos habremos ido al anochecer. El único rastro de que estuvimos aquí serán algunas huellas de neumáticos en su terreno. Por eso, le pagaré un millón de dólares.

—Y las mujeres... —digo—. ¿Están ahí en contra de su voluntad?

—No —dice mientras me mira a los ojos—. Todas las mujeres son subastadas a pretendientes ricos voluntariamente. Se les paga generosamente y pasan a vivir una vida de cuento de hadas con sus nuevos maridos.

Lo dudo. Pero si están allí voluntariamente... supongo que no es poco ético.

—Está bien —digo mientras me acerco de nuevo—. Por un millón de dólares, pueden usar mi rancho.

—Espléndido —dice chasqueando los dedos—. Collin, trae los papeles.

Uno de sus guardaespaldas me lanza una mirada de desprecio y luego se apresura a entrar en el avión para buscar el contrato.

Aceptaré el trato, pero la noche de la subasta me aseguraré de que todo sea legal y correcto. No voy a permitir que se venda a ninguna chica contra su voluntad en *mi* tierra.

Firmamos el contrato y ella me entrega un cheque por un millón de dólares. Tiene la fecha del día de la subasta. Paso la mano por todos esos hermosos ceros mientras ellos vuelven a su lujoso jet y despegan.

Entorno los ojos contra el sol de la tarde mientras veo el avión desaparecer en el cielo.

¿Una subasta de mujeres? Es una puta locura.

Me pregunto qué llevaría a una mujer a estar lo suficientemente desesperada como para elegir eso...

CAPÍTULO DOS

Daisy

Me tiembla la mano mientras firmo sobre la línea.

No puedo creer que haya terminado así.

Me cuesta respirar.

Me imaginé todo tipo de finales —una adquisición de nueve cifras, una salida a bolsa que batiera récords, una gran celebración en mi fiesta de jubilación—, pero *esto*... esto no estaba entre ellos.

—Gracias, señorita Douglas —dice el director del banco mientras retira los impecables documentos blancos y les da un golpecito contra su enorme escritorio de roble—. La corporación Avaretech queda oficialmente disuelta.

Es una forma amable de decir que mi vida se ha acabado.

Mi carrera ha terminado y mis amigos y mi familia me odian. No sé qué voy a hacer.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarla? —pregunta mientras me observa desde el otro lado de su escritorio vacío.

Sigo sentada aquí con un peso en el pecho. No puedo moverme.

Si me levanto de esta silla, tendré que volver a mi vida. Tendré que enfrentarme a la gente a la que he decepcionado. Tendré que salir y darme cuenta de que no tengo a dónde ir. Que no tengo nada que hacer.

Él se pone en pie y me mira con impaciencia y el ceño fruncido. En su día fui una clienta valiosa de este banco. Ahora, no soy más que una paria. Un fracaso. Alguien que pidió mucho dinero prestado y luego no pudo devolverlo. Me pregunto si se habrá metido en problemas por haber confiado en mí. Me pregunto si perderá su próximo ascenso por haber apostado por el caballo equivocado. Probablemente me odie tanto como mi familia.

Se aclara la garganta y yo me levanto con las piernas temblorosas.

—Gracias —murmuro mientras le estrecho la mano débilmente y luego salgo arrastrando los pies.

La gente sigue con sus asuntos normales mientras atravieso el banco. Un niño pequeño y aburrido golpea el bolígrafo que cuelga de la cadena mientras su madre paga unas facturas. Un hombre mayor intenta entender cómo funciona el cajero automático y les hace saber a todos que era mejor cuando su clave secreta solo tenía cuatro números en lugar de seis.

Ninguno de ellos sabe que mi vida acaba de desmoronarse. Ninguno de ellos sabe que me estoy rompiendo en pedazos.

—¡Eh, Daisy! —dice una voz familiar mientras paso por su lado.

Me doy la vuelta y veo a una vieja amiga del instituto en la cola de las cajas. Solíamos compartir apuntes en Química. Coraline... No, Caroline.

—Hola, Caroline —digo, intentando devolverle su amplia sonrisa, aunque no me sale ni por asomo—. ¿Cómo estás?

—¡No tan bien como tú! —dice con una gran sonrisa—. ¡Lo estás petando, tía!

Trago saliva con dificultad.

—¡¿La portada de *Entrepreneur Magazine* y de *Forbes*?! ¡Venga ya! ¡Eso es increíble!

Se le ha pasado la de *Scientific Breakthrough Magazine*, pero no soy quién para mencionarlo. Se retractaron de casi la mitad del artículo en su último número.

—¡No me puedo creer que estuviera intercambiando apuntes con la próxima gran emprendedora de nuestra generación!

—Bueno, yo no diría que… —

—Estoy tan orgullosa de ti —dice con los ojos empañados. Otras personas empiezan a darse la vuelta para mirar. Todos me observan con los ojos entrecerrados, intentando ubicarme.

Doy un paso hacia la puerta mientras se me revuelve el estómago.

—Bueno, ha sido un placer saludarte —digo mientras miro de reojo la salida—. Tengo que… —

—¡Avaretech! —exclama el hombre que está delante de ella cuando me reconoce.

Mierda.

—¡Sí, es ella! —dice Caroline con orgullo—. ¡La fundadora y directora ejecutiva!

El tipo suelta una risita. —Sí, fundadora y directora ejecutiva de un castillo de naipes. ¿Qué clase de persona les roba el dinero a todos sus amigos y familiares?

Caroline pone cara de confusión total mientras se vuelve hacia mí.

—Yo no he robado nada —digo con voz baja y patética. He perdido toda mi combatividad. Nadie me cree de todos modos, así que ¿qué sentido tiene?

—¿No perdieron sus padres su casa? —pregunta mientras todos los detalles del artículo difamatorio que leyó le vienen a la cabeza—. ¿Y su hermana también? ¿No perdió algo así como medio millón de dólares que había invertido?

Me voy a poner enferma. Me sujeto el estómago mientras el violento martilleo en mis oídos se hace más fuerte.

—Es usted una pieza de cuidado, señora —dice mientras sacude la cabeza con rabia al darse la vuelta—. Se merece todo lo que le pase.

Miro la rozadura en mis zapatillas de deporte. El año pasado por estas fechas, tenía un vestidor que dejaría boquiabierta a cualquier Kardashian. Tenía tantos zapatos preciosos que me hacían desear tener más pies.

Los hombres del embargo vinieron y lo vaciaron todo antes de que perdiera mi casa. Todavía llevo puestos los zapatos que tenía cuando volví a casa y vi los camiones en mi entrada circular.

Caroline parece tan inestable como me siento yo. —¿De qué estás hablando, Daisy?

No puedo con esto. Las lágrimas están a punto de brotar.

—Me tengo que ir —digo mientras me apresuro hacia la puerta. No miro atrás. Salgo disparada al aparcamiento y doblo la esquina hacia mi...

—¡No! —suelto un jadeo cuando veo mi Mercedes sobre la grúa.

—¡Espere! —chillo mientras corro hacia allí—. ¡Ese es mi coche!

—Ya no lo es —dice el conductor mientras se dirige a la puerta del vehículo.

Me entrega un papel y lo leo rápidamente mientras él se mete dentro y arranca el motor.

¿Me están embargando el coche?

Jodidamente fantástico.

¿Dónde narices voy a dormir ahora?

Esa es la gota que colma el vaso. Todo se desmorona. Me rompo.

No sé cuánto tiempo paso sollozando en el aparcamiento, pero vuelvo en sí con los brazos de Caroline rodeándome.

—Tranquila —susurra—. Eres la persona más lista que conozco. Encontrarás la forma de salir adelante.

—No lo soy —susurro para mis adentros.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Una nueva oleada de lágrimas brota mientras ella me abraza un poco más fuerte.

—No tengo casa.

—Entonces, vendrás a la mía.

Ni siquiera tengo fuerzas para fingir que me opongo mientras ella me guía hacia su coche. Dejo que me siente en el asiento del copiloto y no protesto cuando empieza a conducir. No es que tenga ningún otro sitio a donde ir. Todas las personas de mi vida —mis padres, mi hermana, mi familia lejana, mis compañeros de trabajo, mis amigos, incluso el chico que me limpiaba la piscina— tenían dinero invertido en Avaretech. ¿Y por qué no iban a tenerlo? Yo lo vendí muy bien. Los convencí y soy una vendedora de primera. No sabía que les estaba vendiendo mentiras.

Mi socio y cofundador, Miles Brenner, el muy cabrón, estuvo falseando los resultados de los experimentos todo el tiempo. Yo me encargaba del negocio y del crecimiento; era la cara de la empresa. Él se encargaba del producto. De la ciencia. De asegurarse de que funcionara.

Teníamos un producto revolucionario... o al menos eso es lo que le dijimos al mundo.

Era un nuevo método de rejuvenecimiento cutáneo. Una inyección que supuestamente retrasaba el reloj cinco años.

Pensé que funcionaba. Pensé que era real.

Pero todo era una estafa. Si Miles hubiera nacido hace doscientos años, habría sido un vendedor de elixires milagrosos, viajando de pueblo en pueblo vendiendo sus patrañas a cambio de fajos de billetes. Es el mismo timo de siempre, solo que en un siglo distinto.

Necesitaba a una mujer joven, guapa y elocuente para ser la imagen de su empresa, y me sedujo con ofertas de asociación y sueños de fama y fortuna. Firmé los contratos, sin saber que yo sería el chivo expiatorio cuando todo se fuera inevitablemente al garete.

Todavía no puedo creer que cayera en la trampa. Después de perder a mi familia y a mis amigos, eso es lo que más me duele. Pensé que realmente veía algo en mí. Pense que yo era especial. Pero todo lo que vio fue a una incauta. A una pringada.

Todos en mi círculo —bueno, mi excírculo ahora— perdieron dinero, pero nadie perdió más que mi mayor inversor, un multimillonario llamado Lincoln McCormick. Invirtió más de cien millones de dólares y lo perdió todo. Es un hombre muy poderoso que no olvida y me aterra seguir estando en su lista negra.

Miro mis manos inquietas sobre mi regazo a través de mis ojos vidriosos mientras Caroline conduce por calles residenciales. Se detiene ante un adosado con una portería de hockey en la entrada y un viejo patinete destartalado en el jardín delantero.

—¿Tienes hijos?

—Mellizos —dice con una sonrisa cálida—. Un niño y una niña. Pero están en el colegio.

Asiento mientras el corazón me duele. Eso era lo que yo quería. Una familia, hijos, un marido que me quisiera. Todo eso se ha esfumado. ¿Quién va a querer estar con una paria social que les hizo perder cientos de millones de dólares a todos los que apostaron por ella?

Probablemente muera sola, como Miles.

Cuando nos quitaron la alfombra bajo los pies y el FBI registró Avaretech, Miles se metió una pistola en la boca y apretó el gatillo. Tomó muchas decisiones horribles en su vida, pero esa no fue una de ellas. La muerte sería mejor que el infierno que estoy viviendo.

Caroline me hace entrar en su casa y me pregunta si quiero echarme una siesta. Me estalla la cabeza y me duele todo el cuerpo. Asiento.

Me acompaña a una habitación de invitados y mis ojos se cierran antes de que mi cabeza toque la almohada. Lo último que recuerdo antes de caer en un sueño profundo es verla cerrar las cortinas.

No sé cuánto tiempo duermo, pero los niños están en el salón viendo dibujos animados cuando me despierto. Me froto los ojos mientras entro en la cocina, sintiéndome un poco mejor. He estado durmiendo en mi coche las últimas tres noches, así que estaba agotada y estresada. Necesitaba un sueño largo y profundo.

—Oh —digo cuando entro tímidamente en la cocina y veo al marido de Caroline sentado a la mesa tomando té. Ella está junto al horno haciendo sopa.

—Acabo de hervir agua —dice mientras se acerca y saca una silla para mí—. ¿Quieres un té?

—Me encantaría uno —respondo mientras me siento, intentando no bostezar—. Siento muchísimo causarles estas molestias.

—En absoluto —dice mientras se apresura a ir al armario.

Su marido me mira con esa expresión a la que ya me he acostumbrado. Es la mirada que la gente dirige a las personas importantes, como si no pudieran creerse del todo que están allí en

carne y hueso. Solo que ahora tiene un matiz diferente. Es más o menos la misma mirada, pero con una pizca de odio. Bienvenidos al mundo de las celebridades de mala fama.

—Hola —digo con una sonrisa forzada.

—¡Vaya, dónde tengo la cabeza! —dice Caroline poniendo los ojos en blanco—. Este es mi marido, John. John, esta es mi amiga, Daisy Douglas.

John me saluda con la cabeza.

¿Su *amiga* Daisy? Supongo que todavía me queda una.

—Espero que esa vieja cama de invitados sea cómoda —dice con voz acelerada y nerviosa—. Eres bienvenida a quedarte todo el tiempo que quieras.

John le lanza una mirada de reojo, pero ella lo ignora.

—No tenéis por qué hacer eso —digo rápidamente.

—Oh, tonterías —dice mientras coloca una taza de té frente a mí. Envuelvo mis manos frías alrededor de ella y aspiro el aroma a menta. *Mmmmmm*. Es curioso cómo disfruto ahora de las pequeñas cosas, como el olor a menta. Antes, cuando estaba en la cima, necesitaba un vestido de cinco mil dólares o una noche en un restaurante de cinco estrellas en París para tener la misma sensación que me produce el olor de este té en esta taza desconchada.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunto con voz temblorosa—. Espero que sepas que no tengo nada de dinero.

Parece dolida e instantáneamente me siento mal. Me he acostumbrado tanto a que todo el mundo en mi vida quisiera algo de mí. La sospecha inmediata es ahora un hábito. No hay gente genuinamente amable cuando eres rico.

—Lo siento —susurro mientras miro la bolsita de té que flota en mi taza.

Ella se acerca y me frota el hombro. —No pasa nada —dice—. Necesitabas ayuda y tú me ayudaste una vez. Nunca lo he olvidado.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras la miro. —¿Ah, sí?

Ella asiente. —Recuerdo que en tercero de la ESO murió mi perro y yo estaba fatal. No estudié para el examen de química, así que dejaste que me copiara de ti. Y luego, cuando la profesora me pilló mirando, le dijiste que habías sido tú la que estaba copiando.

Ah, sí. Me había olvidado por completo de aquello. Sabía cuánto quería ella a ese perro y solo quería echarle una mano.

—Cooper —digo con una sonrisa.

—¡Ese era él! —dice ella con una gran sonrisa—. El mejor perro del mundo.

—Todavía recuerdo esa foto en tu taquilla. Aquella en la que salía con su gran lengua colgando.

—Eres una buena persona —dice ella con una cálida sonrisa—, a pesar de lo que todo el mundo escribe sobre ti.

Uf. Me pregunto qué artículos habrá estado leyendo.

Se lo cuento todo. Lo de Miles, las mentiras, el engaño. Lloro mientras le cuento la verdad. Para cuando mi taza de té está vacía, ya lo he dicho todo. No espero que me crea —nadie más lo hace—, pero ella es diferente. Ve lo bueno en la gente. Incluso en mí.

—Todo saldrá bien para ti —dice mientras me acaricia la mano—. Porque eres una ganadora.

Se me escapa una carcajada. Lo último que me siento ahora mismo es una ganadora.

—Es verdad. Eres inteligente, capaz, una verdadera emprendedora. Te recuperarás.

Recuperarme parece una imposibilidad. Estoy completamente hundida.

—¿Acaso no despidieron a Steve Jobs de Apple? —dice, asintiendo a su marido para que la ayude.

—Lo hicieron —dice John—. Y entonces fundó Pixar.

—¿Lo ves? —dice Caroline con los ojos muy abiertos—. ¡Podrías fundar el próximo Pixar!

Los niños empiezan a discutir en el salón y Caroline se disculpa mientras corre hacia allí.

—Podría haber otra opción —dice John en voz baja—. Si de verdad quieres empezar de cero.

Lo miro con los ojos vacíos.

—La hermana de un compañero de trabajo lo hizo. Hay una subasta para multimillonarios.

—Valeee...

—A la mujer se le paga un millón de dólares por ser subastada ante una sala llena de multimillonarios.

Pongo los ojos en blanco. —No puedes hablar en serio. Eso no es real.

Pero incluso mientras lo digo, algún viejo recuerdo se activa en mi cerebro. ¿No corría el rumor de que el multimillonario director ejecutivo de un conglomerado alemán había ganado a su nueva esposa en una subasta? Breeding Auction House o algo parecido.

—Es real —dice con seguridad en la mirada—. Puedo conseguirte el número. Recibes un millón de dólares si participas en la subasta, pero tienes que casarte con el pretendiente rico que te compre. Son de todo el mundo, así que tal vez te mudes a algún lugar elegante como Italia o Suiza. Podrías empezar de nuevo.

—Eso es ridículo —digo, mirando hacia la otra habitación en busca de Caroline. Su hija está aferrada a su pierna gritando, así que puede que tarde un rato.

Pero no consigo quitarme de la cabeza la idea de que quizá no sea tan ridículo después de todo. Un millón de dólares. Podría devolver el dinero que perdieron mi hermana y mis padres, y también darles algo a mis otros parientes. No espero que vuelvan a hablarme después de eso, pero al menos aliviaré un poco su sufrimiento.

Y tal vez podría irme de este continente y empezar de cero en otro lugar. Eso podría estar bien...

—Ah —dice él moviendo la cabeza—. Pero tienes que ser virgen. Ese es el truco.

Él piensa que no hay forma de que yo pueda ser virgen teniendo veinticuatro años, pero lo soy. He estado completamente absorbida por el trabajo los últimos cinco años y simplemente nunca conocí a nadie por quien tuviera interés.

Cuanto más lo pienso, más creo que esto podría ser una oportunidad que merece la pena aprovechar.

Caroline calma a los dos niños con unos dibujos animados nuevos y una piruleta para cada uno. Suspira al regresar.

Rápidamente me vuelvo hacia su marido y le susurro: —¿Puedes conseguirme el número?

CAPÍTULO TRES

Warren

Snoops gimotea mientras otro jet privado aterriza en la pista de tierra.

—No pasa nada, chico —le digo mientras le acaricio la cabeza. Él da una vuelta en círculos y me lanza una mirada inquieta—. Al menos, eso espero.

Doy un sorbo a mi cerveza negra mientras observo cómo el avión circula por la pista junto a los demás. Otros dos están sobrevolando mi rancho, esperando para aterrizar. Estoy sentado en el porche con mi perro, observándolo todo desde la distancia. Han estado aterrizando jets privados durante todo el día. Una enorme y lujosa carpa, como algo que habría tenido un emperador romano en su época, se alza en el valle por el que cabalgaron generaciones de mi familia. Mi abuelo le pidió matrimonio a mi abuela justo donde están esos guardias leones cambiaformas.

Snoops vuelve a gimotear cuando otro jet toma tierra. El avión se dirige en dirección opuesta, rodando cerca de la gran carpa. Observo con atención cómo bajan las escalerillas y unas dos docenas de chicas salen apresuradas. No llego a ver bien a ninguna, pero aun así la imagen me inquieta.

Esto ha sido una mala idea. Nunca debí haber aceptado.

Doy el último trago a la cerveza, me levanto y aplasto la lata vacía mientras Snoops salta a mi lado. Me mira con sus grandes ojos marrones, esperando que lo lleve a investigar a todos esos extraños que hay en nuestro rancho.

—Lo siento, colega —le digo mientras lo meto dentro—. Tú te vas a tener que quedar aquí.

Una mirada de pura traición cruza su cara cuando cierro la puerta. Aparece en la ventana lateral y me ladra.

—Ha sido un error mío —susurro mientras bajo los escalones—. Yo mismo lo arreglaré.

Es última hora de la tarde en uno de esos largos días de verano en los que la oscuridad se toma su tiempo para aparecer. El siguiente jet que aterriza lleva las luces encendidas.

Está lo suficientemente oscuro y me aproximo a favor del viento, así que puedo escabullirme lo bastante cerca de las carpas sin que esos leones se den cuenta de que estoy aquí.

Parte del trato que hice con Coco St. James era que debía mantenerme alejado del evento. «No quiero verte salir de tu casa», fue lo que dijo. Lástima para ella, esta es *mi* tierra y *yo* pongo las reglas.

Me dirijo a la parte trasera de la carpa, cerca de la solapa por donde han hecho entrar a las chicas. Justo cuando llego, los tres cambiaformas león salen por la puerta y clavan sus ojos en mí.

El que va delante, con la cabeza rapada, se me encara. Mi grizzly interior gruñe. No le gusta su olor, y a mí tampoco.

—¿No se supone que debería estar en su casa? —dice con un gruñido—. Le sugiero que vea la tele o algo así antes de que me enfade.

Mi oso siempre ha sido territorial con este rancho, así que tener a estos tres cambiaformas hostiles delante le está poniendo de un humor de perros.

Saco pecho mientras le sostengo la mirada. —Voy a echar un vistazo dentro.

Los otros dos brutos se ponen a sus lados.

—Me temo que no.

Me agarra del brazo y se lo arrebato de un tirón.

—*Quíteme las manos de encima* —gruño mientras mi oso asoma a la superficie, listo para saltar en caso de que necesite sacar la artillería pesada peluda.

—¿Por qué los malditos osos son siempre un puto problema? —escupe mientras me fulmina con la mirada.

—Quizá porque los leones siempre sois unos turbios de mierda.

—¿Qué has dicho? —dice el de la izquierda, dando un paso adelante con un gruñido.

Mi oso está a punto de estallar. Quiere pelear. Puedo sentirlo.

—Coco —dice el tercer león por la radio que lleva en el hombro —. Tenemos un problema fuera. Lado sur, parte trasera de la carpa.

Genial. Esto se está complicando por momentos. Quizá debería haber traído a Snoops. Podría haber creado una distracción mientras yo me colaba sin ser detectado.

—Joder, ¿por qué has llamado a Coco? —dice el primer tipo con un bufido—. Nos va a despellejar por dejar que se acerque tanto.

—En serio —dice el otro—. ¿Pero qué cojones, Magnus?

Están distraídos mientras discuten.

Cargo entre ellos y entro en la carpa. Mujeres jóvenes y hermosas con todo tipo de atuendos se están preparando. Mis ojos recorren la multitud y se posan en la chica más bonita que he visto en mi vida. Es... Es... Es ella. Realmente es ella.

La reconozco de inmediato. Es mi compañera. La que he estado buscando. Por la que mataría.

Mi oso se anima en mi interior. Él también la reconoce.

Su delicioso aroma atraviesa los otros cientos —perfumes, maquillaje, champús— y llena de fuego mis pulmones. Me estremezco entero mientras la miro con asombro.

Se está cepillando su larga melena castaña mientras se mira al espejo, completamente ajena a que me estoy enamorando de ella en este mismo instante. Ya estoy obsesionado. Ya mataría por ella, moriría por ella, haría *cualquier cosa* por ella.

Las otras chicas se fijan en mí, pero ella no. Algunas me examinan, otras me miran raro, algunas con recelo, pero yo solo tengo ojos para ella. He nacido para ella. He nacido para este momento.

Doy un paso hacia mi ángel cuando varios brazos fuertes me rodean desde atrás.

—*¡No!* —rujo mientras los tres leones me arrastran de nuevo al exterior.

Mi chica se gira mientras me sacan a rastras. Sus impresionantes ojos azules se clavan en los míos y puedo ver el reconocimiento en ellos. Sabe que soy diferente a todos los demás hombres que ha visto. Sé que puede sentirlo en su corazón igual que yo.

El momento termina demasiado rápido. Los tres leones me arrastran al aire cálido de la noche y me lanzan sobre la hierba. Me incorporo con el oso rugiendo en mi interior. Está desesperado por salir. Está desesperado por aniquilar a cualquiera que se interponga en el camino hacia mi chica.

Quiero dejarlo salir, pero esa no es forma de presentarme a mi compañera. Echará un vistazo a mi furioso grizzly arrasando el lugar y se subirá al primer avión que salga de aquí. Puede que no vuelva a encontrarla nunca.

Tranquilo, le digo a mi oso. No quiere oírlo. Quiere a su compañera a su lado sin importar a cuánta gente tenga que despedazar para llegar a ella.

—Vuelve a tu puta casa de una vez —grita el de la cabeza rapada con mirada de advertencia.

Miro más allá de él, hacia la carpa. Mi compañera está ahí dentro. Estoy conmocionado hasta la médula. La impresionante imagen de ella sentada allí, cepillándose el pelo, ya se ha grabado en mi cerebro para siempre. Ya se ha adueñado de cada uno de mis pensamientos. Tengo que llegar hasta ella. Tengo que tenerla.

Coco St. James sale de la carpa con una mirada feroz en sus gélidos ojos azules. Se dirige directa hacia mí con los puños cerrados.

—Usted, señor Hensley, se supone que debe estar en su casa —espeta—. Está incumpliendo el contrato.

—Me importa una mierda el contrato —gruño—. Mi compañera está ahí dentro. La chica del vestido rosa. La quiero. *Ahora*.

—Esas mujeres no están a su alcance —dice con la barbilla en alto—. Van a ser subastadas. Si desea participar como postor,

podemos organizarlo, pero debo decirle que la puja inicial es de un millón de dólares y el precio sube rápidamente a partir de ahí. ¿Tiene esa cantidad de dinero a mano?

El corazón me late con fuerza mientras la miro. No puedo superar la puja de estos multimillonarios, pero tampoco puedo dejar que se lleven lo que es mío.

—Eso es lo que pensaba —dice mientras me fulmina con la mirada—. Regrese a su casa, señor Hensley, si sabe lo que le conviene. Ustedes tres, hagan su puto trabajo. Leones, fuera. *Ya*.

Todos sufren una violenta sacudida y luego estallan convirtiéndose en leones rugientes. Los tres merodean alrededor de la carpa mientras me lanzan miradas amenazantes.

Mientras tanto, Coco St. James permanece en medio de ellos sin siquiera pestañear.

—Teníamos un trato, señor Hensley. Compañera o no, habrá graves consecuencias si lo rompe. Este evento debe transcurrir sin contratiempos. Dirijo una casa de subastas impecable para las personas más importantes del planeta, y ni un oso enamorado ni un paleto de pueblo encaprichado van a arruinarlo. ¿Entendido?

La fulmino con la mirada.

—¿Me ha entendido?

Podría dejar salir a mi oso y desatar el infierno sobre esta gente, pero no es la decisión más inteligente. Hay docenas de multimillonarios aquí con un ejército de guardaespaldas; humanos, cambiaformas y un par de alienígenas por lo que huelo. Por no mencionar a los tres leones que patrullan frente a mí. No se rendirán sin una lucha feroz.

Probablemente subirían a mi compañera a un avión y la escoltarían fuera de aquí antes de que yo lograra acercarme a esa carpa.

No. Tengo que ser inteligente. Sigiloso. Tengo que jugar bien mis cartas o podría perderla para siempre.

—Está bien —gruño mientras retrocedo hacia la casa—. No volverá a tener noticias mías.

Me observa con esos ojos azules y fríos mientras me doy la vuelta y regreso con el corazón tronando en el pecho.

Esto no ha terminado.

CAPÍTULO CUATRO

Daisy

—¿Has visto a ese tío? —dice Veronica mientras se deja caer en la silla a mi lado con un suspiro de embeleso—. Estaba buenísimo. Espero que puje por mí.

Una oleada de celos me atraviesa el cuerpo. Es tan intensa que resulta inquietante.

—No creo que sea un postor —digo tras respirar hondo para calmar mis nervios.

—¿Por qué no?

—¿Te parecía un multimillonario? Llevaba vaqueros y una vieja camiseta gris. Y le quedaban *increíblemente* bien.

—Ya, pero los multimillonarios son así, ¿sabes? —dice mientras se gira hacia el espejo del tocador y empieza a maquillarse los ojos —. Los millonarios presumen llevando ropa buena, pero los multimillonarios presumen vistiéndose como pordioseros. No tienes que vestir bien cuando tienes tanto dinero.

—Supongo —digo, aunque no lo veo claro. Además, no era ningún pordiosero. Era espectacular. Pelo castaño ondulado, una complexión grande y musculosa, unos brazos que parecen los de un muñeco de acción.

Pero lo que realmente me ha impactado ha sido la mirada intensa de sus impresionantes ojos verdes. La forma en que me miraba... Todavía me da escalofríos.

Nadie me ha mirado nunca así. Era como si estuviera reclamando mi cuerpo. Como si estuviera dejando su huella en mi alma.

En ese momento he sabido que era suya. Que le pertenecía.

Pero entonces lo han echado y la realidad me ha golpeado de golpe. No le pertenezco. Le pertenezco a alguien que está ahí fuera. En una hora o así, seré propiedad del mejor postor.

Coco St. James entra bajo la carpa y examina a todo el mundo con ojo crítico. Arregla tirantes, ajusta mechones de pelo y ladra órdenes a su equipo de asistentes para que retoquen el maquillaje o cambien el atuendo de alguna.

Me pongo rígida cuando se acerca a mí. Sus ojos alerta recorren mi cuerpo de arriba abajo. Llevo un vestido largo rosa que me parece un poco exagerado, pero hasta yo tengo que admitir que es precioso.

—Ella está bien —les dice a sus asistentes. Esta mujer nos mira a todas como si fuéramos productos, como si no fuéramos más que inventario para vender.

Trago saliva cuando sus ojos se encuentran con los míos por primera vez.

—Tiene mucha demanda.

—¿A qué se refiere? —pregunto con un nudo de nervios en el estómago. ¿Quién me demanda? ¿Quién sabe siquiera que estoy aquí?

Pero, por supuesto, no obtengo respuesta. Se dirige hacia la siguiente chica mientras yo me quedo aquí plantada preguntándome qué habrá querido decir.

Lo descubro una hora más tarde, cuando llega mi turno de salir al escenario. Estoy aterrorizada al entrar bajo el foco.

El público está sentado en la oscuridad. No puedo ver a nadie mientras Coco St. James me presenta.

—Demos la bienvenida al escenario a Daisy Douglas —dice mientras camino tímidamente hacia ella—. Otra virgen verificada, esta joven belleza tiene cierta notoriedad asociada a su nombre.

Mierda. No sabía que estaban al tanto de eso, pero supongo que a una mujer tan astuta como Coco no se le escapa nada.

—Empezaremos la puja en un millón de dólares —dice—. ¿Tengo un millón?

—*Cinco* millones de dólares —dice una voz familiar entre la multitud. Le sigue un murmullo mientras todos reaccionan ante la enorme puja inicial.

Se me cae el alma a los pies al empezar a reconocer esa voz. No es el hombre de entre bastidores como esperaba, sino otra persona.

Escudriño la oscuridad y reprimo un grito al ver el rostro sonriente de Lincoln McCormick. ¿Está aquí? Oh, no.

Él es el multimillonario que perdió más de cien millones de dólares invirtiendo en Avaretech. Me temía que no iba a dejarlo pasar. Ese hombre hará de mi vida un infierno si me veo obligada a ser su esposa.

Alguien puja seis millones y luego Lincoln responde con diez.

Se hace el silencio después de eso mientras mi corazón late a mil por hora. *¡No! ¡No! ¡Cualquiera menos él!*

—¿Oigo once? —dice Coco al público silencioso—. ¿Once? Diez a la una, diez a las dos, ¡vendida al caballero de la tercera fila!

Mi mente apenas lo procesa mientras me llevan a toda prisa al lateral del escenario, donde se me une Lincoln. Coco nos casa en el acto. Yo no digo «sí, quiero», pero a ninguno de los dos parece importarles. Redactan rápidamente el certificado de matrimonio con nuestros nombres y me obligan a firmar.

—Te dije que no te iría bien si perdías mi dinero —me sisea al oído mientras me agarra el brazo con fuerza y me arrastra hacia la salida—. Ahora, vas a pasar el resto de tu vida pagándome de otras maneras.

Me estremezco al pensar en lo que eso significa. No quiero formar parte de esto. Todo esto ha sido un error garrafal.

Me arrastra fuera y me lleva hacia su avión.

¿Eso son leones?

Incluso con la conmoción de haberme casado con Lincoln McCormick, los tres leones que merodean captan mi atención. Este ha sido, con diferencia, el día más extraño de mi vida.

—No voy a ir contigo —digo mientras planto los pies y retiro el brazo de su agarre.

Lincoln entorna sus feroces ojos oscuros hacia mí. Es alto y musculoso. No tengo ninguna posibilidad de superarlo físicamente, pero no me importa. No quiero ir y él tiene que saberlo.

—Ahora eres mi esposa —sisea con una sonrisa malvada—. Y harás lo que yo diga.

Está disfrutando con esto. Puedo ver el placer en su rostro de cincuenta y cinco años. Quiere tener poder sobre mí. Va a atormentarme el resto de mi vida si subo a ese avión.

—No, no lo haré.

Él da un paso adelante y me agarra el brazo con un apretón de acero.

Un rugido feroz rasga el cielo nocturno y me produce escalofríos que serpentean por la columna. Me giro ahogando un grito cuando veo a un enorme oso pardo emergiendo del bosque, que carga directamente hacia nosotros.

Sus enormes garras retumban contra el suelo mientras corre hacia nosotros con un gruñido desagradable. Esos feroces ojos dorados están clavados en Lincoln. Él me pone delante de sí como un escudo humano mientras el oso atraviesa el campo. Es tan rápido. Tan grande.

Por alguna razón, no siento miedo. Tal vez prefiera ser despedazada rápidamente por un oso que vivir la lenta tortura de ser obligada a ser la esposa de Lincoln McCormick. O tal vez sea otra cosa. Se siente como algo distinto. Siento como si viniera a salvarme.

No llego a descubrirlo porque tres manchas doradas cruzan el valle y lo interceptan con rugidos salvajes. Uno de los leones le salta a la espalda, otro lanza un zarpazo a su cuello —fallando por poco— y el último —el más grande— se planta frente a él con un gruñido asesino.

Doy un paso adelante mientras me duele el corazón. Quiero ayudarlo, pero no hay nada que pueda hacer contra tres leones. Ni siquiera parezco capaz de ayudarme a mí misma.

El oso se sacude al león de la espalda y el gran felino sale volando con un aullido.

—¡Vámonos! —sisea Lincoln mientras aprieta el agarre en mi brazo. Me da un tirón hacia la fila de jets privados y empieza a moverse rápido. Intento frenarlo, pero es muy fuerte y acaba prácticamente arrastrándome.

Sigo viendo al oso en medio de la brutal pelea. En un momento dado tiene a dos leones sobre la espalda y uno le está mordiendo el hombro. La próxima vez que miro, ambos leones están en el suelo y el oso está encima del tercero.

Esos ojos dorados me localizan mientras Lincoln me arrastra por la escalerilla hacia el interior del jet. Grito y me agarro a la barandilla.

—Cállate, zorra —gruñe mientras me rodea la cintura con sus brazos y me arranca de allí. Es tan fuerte que me levanta y me mete a la fuerza en el avión a pesar de que intento agarrarme a cualquier cosa que puedo. Mis ojos están fijos en el oso, suplicándole que me ayude.

Sus ojos feroces se entrecierran y esprinta hacia delante con un rugido que me estremece hasta los huesos. Los tres leones se reagrupan frente a él, pero arremete contra ellos como una bola de bolos contra los pinos.

—¡Despeguen ya! —le grita Lincoln a los dos pilotos mientras me arrastra al interior de la cabina.

—La azafata está fuera fumando —dice uno de ellos.

—¡Déjenla! —grita mientras cierra de un portazo la puerta de la cabina de mando. Agarra la escalerilla, la pliega y cierra la puerta exterior, atrapándome dentro.

Busco un arma a mi alrededor mientras el avión empieza a moverse. Diviso al oso pardo acercándose por fuera. Corre hacia el avión con todas sus fuerzas. También la azafata, pero no va muy rápido con sus tacones.

Lincoln se agacha para mirar al oso por la ventana. Esta es mi oportunidad...

Agarro el cuello de una enorme botella de champán y se la estrello en la cabeza con todas mis fuerzas. Se desploma sobre el

asiento de cuero en una explosión de cristal roto y champán espumoso.

Está inconsciente, pero de todos modos le doy una patada fuerte en las costillas. —Capullo —murmuro entre dientes.

El avión está ganando velocidad mientras gira hacia la pista de tierra.

Abro de un tirón la puerta de la cabina de mando y los dos pilotos giran la cabeza sorprendidos.

—Parad el puto avión —les grito.

Debo de ser todo un espectáculo. Respiro con dificultad, tengo los ojos desorbitados y llevo un vestido largo y elegante de color rosa cubierto de champán. Mi pelo es un desastre salvaje, agarro el cuello de la botella rota y agito frenéticamente el extremo afilado en el aire. No sé cómo he conseguido una puja tan alta.

—¿Dónde está el señor McCormick? —dice uno de los pilotos mientras intenta mirar detrás de mí. Doy un paso adelante y le pongo el cristal roto en el cuello.

—He dicho que paréis el avión —me exalto.

—Vale, vale, vale —grita mientras reduce la potencia del motor. Mantengo la botella rota cerca de su nuez hasta que las ruedas se han detenido—. En cuanto salga y cierre la puerta, despegáis y no volvéis nunca.

—Con mucho gusto —murmura él.

Corro hacia la parte de atrás, le doy al imbécil de Lincoln una última patada en las costillas, empujo la puerta para abrirla y bajo corriendo las escaleras.

—¡Ay, mierda, mierda, mierda, mierda! —dice la azafata mientras llega corriendo con los zapatos en las manos.

Pasa corriendo por mi lado hacia el avión y cierra la puerta.

Inmediatamente empieza a moverse de nuevo.

Busco con la mirada a ese oso pardo mientras el jet acelera por la pista y se eleva en el aire.

Me quedo sin aliento cuando lo veo allí de pie, en la oscuridad, a unos metros de mí, observándome con mirada posesiva.

Inspiro profundamente y voy hacia él.

CAPÍTULO CINCO

Warren

Mi oso respira con pesadez tras la pelea con los leones. Se han quedado atrás, merodeando frente a la carpa grande, dándoselas de duros aunque están demasiado asustados para acercarse y volver a pelear con mi oso.

No les prestamos atención. Nuestra preciosa compañera se acerca caminando y nos ha dejado paralizados.

—¿Estás bien? —susurra mientras se aproxima con cautela.

—*Yo tomo el mando, colega* —le digo a mi oso mientras intento recuperar el control. Se niega a ceder. Eso es nuevo...

—*Está bien* —le digo—. *Tienes dos minutos.*

Se acerca a ella y baja la cabeza con un ronroneo profundo. Noto que está nerviosa, pero es valiente, porque no retrocede cuando mi enorme grizzly ensangrentado frota el hocico contra su vientre.

—Hala —susurra mientras le acaricia la cara. Puedo sentir el amor y el afecto fluyendo por nuestros cuerpos. Él está tan obsesionado con ella como yo. —¿Te has hecho daño? —le pregunta al oso.

Su aroma tentador fluye por nuestros pulmones y nos llena de energía. Nos infunde un nuevo propósito, una nueva razón para estar vivos.

Esta mujer es mía y voy a estar a su lado para siempre. Estaré allí para protegerla, para cuidarla, para satisfacer cada necesidad que tenga. Hago ese voto sagrado mientras ella le rasca detrás de la oreja a mi oso, provocándole escalofríos por todo el cuerpo.

—*Muy bien* —le digo a mi oso—. *Ya has pasado suficiente tiempo con ella. Es mi turno.*

Gruñe en desacuerdo mientras lo retiro, pero no lucha contra mí. Me deja salir.

Ella retrocede con un jadeo de sorpresa mientras mi oso se sacude por completo. Su cuerpo sufre una violenta convulsión y luego, con un fuerte desgarro, broto de él.

—Vaya... —dice tragando saliva mientras nos miramos con asombro.

El corazón me martillea en el pecho. Soy hiperconsciente de cada parte de mi cuerpo mientras esta belleza me observa.

Hacemos una pareja curiosa. Ella va vestida con un espectacular vestido de gala y yo estoy completamente desnudo. Pero esta mirada ve más allá del exterior. Siento que estoy mirando su alma y ella la mía.

El aire exterior chisporrotea con energía y emoción mientras la miro a sus preciosos ojos azules. Quiero ir hacia ella, pero no puedo moverme. Estoy clavado en el sitio mientras nuestro vínculo se espesa y se fortalece. Siento cómo se apodera de mí. Me pregunto si ella también podrá sentirlo.

—¿Quién eres? —susurra finalmente, sin romper el contacto visual.

—Me llamo Warren Hensley —le digo—. Soy el dueño de este rancho, soy un cambiapieles de oso grizzly y somos compañeros.

Sus ojos se abren un poco más al oír la última palabra. —¿Compañeros?

Asiento con la cabeza. —Me perteneces. Siempre ha sido así. Fuiste creada para mí.

Esos agudos y perceptivos ojos azules me recorren rápidamente de arriba abajo. Sus ojos se agrandan de verdad cuando ve lo que guardo bajo la cintura. Sus mejillas se tiñen de un rojo intenso mientras vuelve a subir la mirada rápidamente.

—Y yo te pertenezco a ti —le digo con voz baja y tranquilizadora —. Ahora soy tu hombre.

No discute ni se resiste. Se limita a asentir y susurra: —Vale.

Oigo pasos a lo lejos. Me resulta físicamente doloroso apartar los ojos de este ángel, pero lo hago. Coco St. James y los tres guardias leones se aproximan.

—Mierda —musito al ver que vienen. No quiero pelear ahora. Quiero dejarme envolver por el hermoso aura de mi compañera. Quiero admirar y estudiar cada centímetro de ella. Quiero hablar durante horas y aprenderlo todo sobre ella. Quiero recuperar todo este tiempo perdido.

—¿Cómo te llamas? —pregunto mientras la cojo de la mano. Es como un relámpago cuando nuestras pieles se tocan. Su mano es tan suave, tan delicada... Aviva el fuego protector que arde en mi interior. Quiero velar por ella para siempre.

—Daisy Douglas —dice con las mejillas aún ardiendo.

Miro de reojo a Coco y a los leones que se acercan. —¿Confías en mí, Daisy?

Me mira un momento y luego asiente con la cabeza. —Confío.

Le aprieto la mano. —Entonces, agárrate a mi espalda y ven conmigo.

—¡Traedlos a los dos de vuelta aquí! —les sisea Coco a los leones —. ¡*Ahora!*

Daisy se agarra a mis hombros y me rodea con las piernas para que la lleve a cuestas. Estoy a punto de salir disparado hacia las montañas cuando llega el más grande y feroz de los tres leones. Salta por los aires, arremetiendo contra mí con los dientes y las garras fuera.

Saco la mano con rapidez y lo atrapo, rodeándole el cuello con los dedos. Con un gruñido, sumo mi fuerza a su inercia y lo estampo de cara contra el suelo.

Le duele. Mucho. Se encoge con un gemido mientras yo me quedo allí, con el cuerpo en tensión, desafiando a los otros dos con una mirada feroz.

Vacilan y se mantienen a distancia, merodeando de lado a lado.

—Si nos siguen, les juro que lo pagarán con sus vidas —les advierto a todos con voz potente y atronadora.

Me aseguro de que sepan que hablo en serio y luego salgo corriendo hacia las montañas con mi compañera aferrada a mi espalda.

Corro lo más rápido que puedo por el bosque, teniendo cuidado de evitar las ramas. Llevo una carga preciosa y no quiero que se haga daño.

Los leones no nos siguen. Nadie lo hace.

Salto un pequeño arroyo y continúo subiendo por la empinada montaña. El resplandor de la luna llena ilumina mi camino. Casi me detengo y me giro para ver lo hermosa que está mi compañera bajo la luz de la luna, pero ya habrá tiempo para eso más adelante; habrá toda una vida para momentos así. Ahora mismo, tengo que alejarla de esos psicópatas tanto como pueda.

Es difícil concentrarse en la tarea con sus manos sobre mi piel. Cada vez que desliza los dedos sobre mí o cambia de posición, ráfagas de excitación me recorren las venas. Todavía no puedo creer que haya encontrado a mi compañera. Aún no lo he asimilado del todo.

—¿A dónde vamos? —pregunta finalmente.

—Uno de mis empleados convirtió una vieja cabaña de caza en un Airbnb —le digo—. Está muy lejos, pero allí deberíamos estar seguros por esta noche.

—Gracias —susurra—. Por salvarme.

Suelto una risa seca. —A mí me ha parecido que no necesitabas mi ayuda para nada. Te has salvado tú sola.

—No —dice con una voz suave que hace que mi corazón lata con una fuerza inusitada—. Has sido tú. Si no fuera por ti, seguiría allí, enfrentándome a un Lincoln McCormick aún más furioso.

El sonido de su nombre me llena de furia. Así que ese es el nombre del muerto que estaba agarrando y arrastrando a mi compañera. Ese es el hombre que pensó que podía comprar lo que me pertenece. Ese es el hombre con cuya muerte voy a soñar el resto de mi vida.

—¿Pujó por ti? —Me cuesta todo lo que tengo mantener la voz nivelada.

—Sí.

—¿Y te casaste con él?

—No quería. No pronuncié las palabras, así que no creo que sea oficial.

—No es oficial —gruño—. Somos compañeros y eso es lo único de lo que tienes que preocuparte. Yo me encargaré de ese Lincoln McCormick si alguna vez vuelve.

—Gracias —dice mientras me abraza un poco más fuerte—. Eres un buen hombre, Warren. Me alegro de que seas mi compañero.

El corazón casi me falla al oírla decir eso.

Sujeto a mi chica y corro un poco más rápido, ansioso por ponerla a salvo. Pero aún más ansioso por estar a solas con ella.

CAPÍTULO SEIS

Daisy

Warren reduce la marcha hasta detenerse cuando llegamos a una adorable cabaña de troncos en el bosque. Es el lugar perfecto para una pareja que busque escapar del mundo exterior para entregarse al amor frente a una chimenea de leña.

Me deja en el suelo y camina hacia el pequeño porche, buscando una llave. Mis ojos codiciosos recorren sus descomunales músculos de la espalda y, aunque me digo a mí misma que seré respetuosa y no miraré, mi mirada cae casi de inmediato hacia su trasero, firme y redondeado.

El calor se arremolina por mi cuerpo, emanando de mi centro y asentándose entre mis piernas mientras lo estudio. Sus muslos son muy musculosos. Sus brazos están duros como piedras y perfectamente esculpidos. Su pecho es más ancho que cualquier pecho humano que haya visto jamás y sus abdominales son puro arte. Es asombrosamente guapo y la idea de pasar la noche con él está despertando todo tipo de sensaciones, emociones y deseos que no sabía que habitaban en mí.

No tengo ni idea de qué esperar. No sé qué deparará esta noche, pero me muero de ganas por descubrirlo. Siento que nunca podré

decirle que no a este hombre. Siento que haría *cualquier cosa* que me pidiera.

Esa no es una posición en la que una mujer fuerte e independiente como yo se haya encontrado jamás. Con defectos o no, fui cofundadora y dirigí una corporación gigante. Contraté y despedí a gente. Di conferencias ante miles de personas importantes que me observaban. Presenté proyectos a inversores ricos y los convencí para que me dieran sumas de dinero enormes. No aguantaba tonterías de nadie.

Así que, sentirme así… tan vulnerable… tan dispuesta a complacer a este hombre de cualquier forma que pueda… No me parece propio de mí. Es tan diferente. Pero lo más extraño es que me gusta.

Quiero ser suya. Quiero estar en una relación que sea más profunda y significativa que cualquier otra cosa en mi vida. Quiero entrar en esa cabaña y que mi vida cambie para siempre.

Warren encuentra la llave escondida bajo una maceta y la desliza en la cerradura. Mi corazón late a mil por hora mientras abre la puerta y entramos.

El interior es adorable. Puedo imaginarme la página de Airbnb llena de reseñas de cinco estrellas de parejas satisfechas que disfrutaron de la coqueta cocina con las ollas y sartenes de latón colgadas sobre la isla, los cómodos sofás frente a la chimenea de piedra, que probablemente fue hecha con rocas de río de un arroyo cercano, y los grandes ventanales que dan al bosque privado.

Todas las paredes son de troncos gruesos y el olor a pino hace que mi alma se sienta dichosa. Esto es lo que necesitaba. Una escapada en la naturaleza. Un breve respiro lejos de los horribles segmentos de noticias y artículos que me machacan. Un descanso del dolor y la ira que causé a mi familia. Un momento para pensar. Un momento para respirar. Un momento para entregarme al placer.

Mi cuerpo experimenta un hormigueo mientras veo a Warren desaparecer en el dormitorio. Este hombre ha luchado contra *leones* por mí. Ha perseguido un avión. Me ha llevado a hombros montaña arriba.

Todo tipo de nuevos sentimientos y emociones me recorren, ganando intensidad mientras miro alrededor. Todo me hace pensar en sexo. El sofá, la chimenea, demonios, incluso mirar la pequeña mesa de la cocina me hace imaginar a Warren apartando platos y vasos con sus grandes y sexis brazos para luego lanzarme encima, abriéndome de piernas mientras él...

—Encenderé el fuego —dice mientras regresa al salón ya vestido. Me decepciona que se haya cubierto, pero tengo que admitir que también está increíble así. Lleva unos vaqueros azules y una camisa de cuello azul marino abotonada. Trago saliva mientras lo observo de arriba abajo, preguntándome qué va a pasar a continuación.

Vago por la estancia, encendiendo las luces tenues y prendiendo velas mientras él se arrodilla frente a la chimenea y coge unos troncos de la cesta.

Me detengo en seco y lo miro descaradamente desde la cocina mientras se sube lentamente la manga, doblándola una y otra vez sobre su grueso antebrazo. Para cuando empieza con el otro brazo, mi cuerpo *late* con un calor lujurioso. Esta cabaña ya se está calentando y el fuego aún no ha empezado.

Está *tan* bueno. Es difícil quitarle los ojos de encima. Mi mirada no deja de escaparse, encontrando algo nuevo que mirar. Como su clavícula. Nunca supe que una clavícula pudiera ser sexi, pero mis dedos hormiguean al imaginarme pasando la mano por ella. O sus manos. Dios, me encantan sus manos. Rompe unos palitos y los pone bajo los troncos. Trago saliva mientras admiro sus nudillos y sus dedos. *Mmmmmm*. Esa mano estuvo rodeando el cuello de un león por mí y pronto estarán rodeando mis piernas, abriéndolas, llevándome a un lugar donde podría...

—¿Puedes pasarme el encendedor? —pregunta con la palma extendida.

Sacudo la lujuria de mi cabeza y me apresuro a acercarme. —¡Sí! ¡Claro!

Me sonríe, con los ojos fijos en mi rostro sonrojado durante un largo momento antes de girarse y prender el periódico arrugado. Las llamas prenden y el fuego enciende la madera seca. Cierra la puerta de cristal y se pone en pie.

Vaya. Es tan grande. La coronilla me llega a su barbilla y yo no soy una chica bajita. Suelo ser una de las personas más altas en cualquier habitación en la que esté.

El fuego empieza a rugir mientras permanecemos frente a él. Lo miro como una adolescente nerviosa a solas con el chico que le gusta por primera vez, sin saber qué hacer.

Sus hermosos ojos verdes están llenos de confianza y certeza mientras me observa.

—Estás espectacular —dice con un suspiro largo y pausado—. Estoy tan feliz de que seas mi compañera.

—¿De verdad? —digo con el corazón latiéndome con fuerza—. No creo que vayas a sentirte así cuando conozcas mi pasado.

Da un paso adelante y toma mi mano entre las suyas. El tacto masculino de su piel hace que mis rodillas se sientan débiles y temblorosas.

—El pasado ha terminado —dice con voz suave y tranquilizadora —. Nuestras vidas se dividen ahora. Esta noche es un punto de inflexión. Está el tiempo antes de conocernos y el increíble futuro que vamos a tener ahora que estamos juntos. Nada del pasado importa. Empezamos de cero, esta noche.

Me descubro asintiendo a sus palabras. Eso es todo lo que quiero. Un nuevo comienzo.

—Eres mi compañera, Daisy. Siempre te he amado. Siempre lo haré. Nada del tiempo antes de conocernos puede cambiar eso. Nada lo cambiará *jamás*. El vínculo entre compañeros es amor puro e incondicional. Es sagrado. Es eterno.

—Pero metí la pata —digo mientras mis ojos se llenan de lágrimas—. Mucho. Todo el mundo me odia. Mis padres, mi hermana, mis amigos, mis tíos, el mundo entero. Todos piensan que soy una persona horrible.

Me derrumbo en sollozos y Warren me rodea con esos brazos grandes y reconfortantes. Me aprieta contra él mientras lloro contra su pecho, desahogándome de verdad por primera vez. Todo ha estado embotellado hasta ahora. No me había dado cuenta del peso, de la carga que ha supuesto para mí.

—Puedes contarme cualquier cosa —me susurra al oído mientras me estrecha—. Nunca te juzgaré. Puedes estar segura de eso.

Aspiro su aroma cálido y masculino y me hace sentir mejor. Huele a naturaleza: tierra, árboles, viento, sol. Creo que me va a gustar tenerlo cerca. Va a ser agradable tener a un hombre tan reconfortante como él a quien acudir cada vez que me sienta hundida.

Se echa hacia atrás y me acuna suavemente las mejillas mientras me mira a los ojos empañados. —He visto algo de ropa de mujer en el armario del dormitorio —dice con voz suave—. Ve a ponerte cómoda mientras yo abro una botella de vino.

Asiento con la cabeza y sorbo por la nariz. —Vale. Gracias, Warren.

Me besa suavemente en el centro de la frente y es en ese tierno momento cuando sé que yo también lo amo.

Me giro hacia el dormitorio, pero su mano agarra la mía, impidiéndome marcharme.

—Solo un último vistazo —dice mientras retrocede con esos ojos cálidos e invitadores recorriendo mi cuerpo de arriba abajo—. Estás impresionante con ese vestido.

Quiero darle las gracias, pero las palabras no salen. Sonrío con timidez mientras me levanta el brazo y me hace girar suavemente como si estuviéramos bailando un lento.

—Puedo dejármelo puesto si quieres —digo cuando me doy la vuelta y veo la mirada encendida en sus ojos.

—Tu hermosa imagen ha quedado grabada en mi cerebro para siempre —dice mientras me atrae hacia él. Jadeo cuando mi cuerpo se presiona contra el suyo y mis pechos rebosantes de hormigueo se aplastan contra su pecho musculoso y sus abdominales duros—. Jamás olvidaré qué aspecto tienes esta noche. Nunca olvidaré el primer momento increíble en que te vi.

Inclino la cabeza hacia atrás, levantando la barbilla, con los labios ansiosos entreabiertos... Quiero que me bese. Me muero por ello.

—No puedo esperar a pasar el resto de mi vida contigo.

Se inclina y esos labios mágicos conectan con los míos. Gimo mientras me besa como si fuéramos dos amantes perdidos que finalmente se han reencontrado. El fuego crepita y arde mientras me rodea con sus brazos fuertes y me estrecha con más fuerza.

Me pongo de puntillas, intentando saborear todo lo que puedo de su boca. Es delicioso. Es tan sexi. Este es el momento más placentero de mi vida. Podría besar a este hombre para siempre.

Su lengua se desliza sobre la mía y deja escapar un gemido bajo y masculino. Me envía escalofríos cálidos que me recorren de arriba abajo.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento optimista respecto al futuro. Siento esperanza e ilusión. ¿Cómo podría ser malo un futuro con Warren? Podría renunciar a todo y vivir en una cabaña minúscula como esta en el bosque y sentirme feliz y satisfecha. Él es todo lo que necesito.

Sonrío tímidamente cuando nos separamos. Recupero mi boca, pero no mi corazón. Él se lo queda para siempre.

—Voy a cambiarme —digo con las mejillas encendidas.

Él asiente mientras me observa caminar hacia el dormitorio, sin querer quitarme los ojos de encima ni un instante. —Abriré ese vino.

Cierro la puerta y me dejo caer al suelo con una exhalación larga y lenta. ¿Es esto lo que se siente al estar enamorada? ¿Tan perfecto?

Toda una vida de canciones de amor y películas románticas por fin tiene sentido. Nunca volveré a escucharlas de la misma manera.

Él todavía no sabe lo que hiciste.

Esa comprensión apaga mi felicidad como una manta mojada lanzada sobre un fuego rugiente. No va a estar tan colado por mí cuando descubra que ayudé a estafar a todos los que conozco para quitarles los ahorros de su vida. Fuera queriendo o no, no importa. Lo hice de todas formas. Solo porque fuera tan estúpida como para no darme cuenta de la estafa no lo hace mejor. En cierto modo, lo hace incluso peor.

Levanto el culo del suelo y rebusco en el armario. Me alegra que la mujer propietaria de esta cabaña sea de mi talla y tenga un gusto decente para la ropa. Odiaría volver a salir ahí fuera pareciendo

ridícula con unos petos enormes o un pijama gigante de unicornio cuando él tiene ese aspecto.

Me pongo unos pantalones de yoga caros y un jersey de cachemira mientras trato de interiorizar lo que dijo Warren. Hay una vida antes y después de nosotros. Nada del pasado importa.

Trago saliva mientras me dirijo a la puerta. Espero que siga sintiendo lo mismo después de que le hable del mío.

CAPÍTULO SIETE

Daisy

—Así que por eso acepté la subasta —digo mientras Warren me clava la mirada—. Quería devolverles parte del dinero a mi familia y amigos.

Trago saliva con dificultad mientras miro la mesa. Los ya conocidos sentimientos de vergüenza y asco hacia mí misma me están destrozando, haciéndome sentir como una persona horrible. Ojalá nunca hubiera fundado esa maldita empresa. Ojalá nunca hubiera conocido a Miles Brenner. He cometido tantos errores y todos son irremediables.

Estamos en la mesa de la cocina y Warren me sostiene las manos. La botella de vino está a la mitad y acabo de contárselo todo. Lo he admitido todo. Incluso le he dicho que, en el fondo, tenía la persistente sospecha de que tal vez las cosas que Miles me contaba no eran siempre del todo legales, pero ignoré ese sentimiento punzante y me centré en el dinero, la fama y el éxito que seguramente me esperaban. No se lo he contado a nadie más. Joder, ni siquiera me lo había admitido a mí misma hasta ahora, pero los ojos abiertos y confiados de Warren tienen una forma especial de sacar la verdad a la luz.

Me ha escuchado sin juzgarme ni culparme. Simplemente me ha dejado hablar y desahogarme. Me siento un poco mejor.

—No es culpa tuya, Daisy —dice con voz suave y tranquilizadora —. Nunca fue culpa tuya.

—He perdido el dinero de todo el mundo. Es culpa mía.

—Miles *robó* el dinero de todo el mundo —dice él—. Eres una persona que confía en los demás. Eso no es un defecto, es una virtud. Pusiste tu confianza en Miles y él se aprovechó de ti. Él es el problema aquí, no tú.

—Bueno, él está muerto —digo con un suspiro—. Así que no quedaba nadie a quien culpar excepto a mí.

—Solo están disgustados ahora mismo —dice mientras me aprieta la mano—. Se les pasará.

—¿Y si no es así?

Se encoge de hombros con sus grandes hombros mientras sus ojos cálidos me miran fijamente. —Entonces formaremos nuestra propia familia. Siempre serás amada, Daisy. Mientras corra sangre por mis venas. Eso te lo puedo prometer.

Esta vez, me inclino sobre la mesa y lo beso. Un beso largo, profundo y sensual que me deja mojada y palpitando entre las piernas cuando finalmente me separo.

Él se lame los labios y gime mientras me ve sentarme de nuevo.

Quiero *más*.

Quiero hacerle cosas traviesas a este hombre. Cosas sucias que le hagan gemir más fuerte y con más ganas.

Sus cejas se elevan un poco cuando me deslizo de la silla y caigo de rodillas frente a él.

Se me hace la boca agua mientras deslizo las palmas de las manos por sus muslos gruesos y musculosos y luego agarro su cinturón.

Miro hacia arriba tímidamente con el corazón martilleando en mi pecho. Mi coño está tan mojado. Se me hace la boca agua. Quiero la polla grande de este hombre fuerte en mi boca. Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí, pero más que eso, solo quiero saborearlo.

Él toma aire y lo contiene mientras me observa desabrocharle el cinturón. Ese gran bulto en sus vaqueros se vuelve más largo y duro ante mis ojos lujuriosos. Lo miro estupefacta mientras se convierte en una vara rígida. Trago saliva al mirarlo.

La mirada voraz de sus ojos me hace temblar. Puedo sentir la lujuria que emana de él. Este hombre arde por mí. Lo desea tanto como yo, tal vez incluso más.

Me lamo los labios y observo su cara mientras le bajo la cremallera. Él se remueve en la silla con un fuerte gemido, y las patas de madera crujen bajo su tremendo peso.

El latido ardiente entre mis piernas se intensifica mientras le bajo los vaqueros y veo su enorme erección oculta tras sus calzoncillos bóxer de color gris claro. Hay una mancha húmeda en la punta. No puedo evitar gemir al imaginar el sabor excitante de su líquido preseminal.

—Esa es mi chica —susurra con voz profunda y ronca mientras deslizo mis dedos por la cinturilla de su ropa interior y la bajo.

Su polla se engancha en la tela, pero luego queda libre: gruesa, larga y jodidamente dura como una piedra.

—*Sí* —susurro mientras envuelvo mis manos alrededor de su miembro palpitante. Mis dedos índice y pulgar ni siquiera llegan a tocarse. Es tan *grande*. Tan potente. Estoy hipnotizada por su hermosa polla.

Trago saliva mientras recorro con la mirada desde sus grandes huevos masculinos, pasando por el tronco grueso con las venas pulsando a lo largo de él, hasta su cabeza redonda con las gotas de líquido preseminal pegajoso asomando por la pequeña ranura.

La excitación me recorre, desgarrando mi cuerpo como un tsunami mientras contemplo su magnífica polla. Cada centímetro de mi cuerpo virgen la anhela. Así es como sé que le pertenezco. Así es como sé que soy suya.

Nunca antes había deseado a ningún hombre y la idea de tocar un pene siempre me había dado repelús. La idea nunca me había excitado. Pero con Warren, es diferente. Nunca he estado más excitada que en este momento. Nunca he deseado algo más de lo que deseo tenerlo dentro de mí.

Me inclino y abro bien la boca. No es lo suficientemente ancha. Es tan grande que tengo que estirar los labios para meter su cabeza redonda.

Él echa la cabeza hacia atrás y gime cuando lo deslizo en mi boca, saboreando su pre-cum cálido y sedoso deslizándose por mi lengua. Sabe de maravilla. Sabe a pecado y al cielo, todo mezclado en uno. No tengo suficiente.

Aprieto su tronco grueso con la mano mientras me lleno la boca con él. Los gemidos y ruidos sexis que salen de su garganta me excitan aún más. No puedo creer que esté dando placer a un hombre como él. No puedo creer que un hombre tan increíble esté duro por *mí*.

Me duele el coño mientras deslizo la palma de la mano por su abdomen duro. Agarro su camiseta y tiro de ella hacia arriba.

—¿Es esto lo que quieres? —gruñe mientras agarra su camiseta y se la quita—. Quieres a tu macho desnudo, ¿verdad?

Saco su polla de mi boca con un jadeo. —*Sí* —digo mientras acaricio su longitud. Mis ojos codiciosos recorren su abdomen cincelado y su pecho musculoso. Está jodidamente bueno. Estoy tan mojada. Puedo sentir cómo empapo mi ropa interior.

Estar de rodillas frente a este hombre poderoso es el mayor afrodisíaco de la historia.

—Me estás matando con esa boquita tan sexi —gruñe mientras paso la lengua por su miembro—. Sienta malditamente bien.

Lo introduzco en mi boca todo lo que puedo. Hasta que me duele la garganta y me lloran los ojos. Él gime mientras me observa intentar hacerle una felación profunda con su polla masiva. Aún soy principiante, así que todavía no llego hasta el fondo, pero quiero aprender.

Con los labios apretados alrededor de él, muevo la cabeza de arriba abajo, intentando encontrar un ritmo que crea que le gustará.

Mi coño *duele* de necesidad. Ha estado hibernando todos estos años, pero ahora que ha despertado, es una bestia hambrienta y quiere devorar esta polla enorme.

—¿Te gusta chupar la polla grande de tu hombre? —dice con una voz gruñona que me hace temblar—. ¿Te gusta saborear a tu

hombre?

Me encanta, joder, pero no voy a sacármelo de la boca para responder. Se lo hago saber chupándolo con más fuerza y rapidez, hundiéndolo en mi garganta todo lo que puedo.

Su gran pecho se agita mientras deja escapar un gemido pesado. Me doy cuenta de que está cerca.

Eso me espolea. Deseo desesperadamente sentir a este hombre corriéndose en mí.

Aprieto mi mano alrededor de su tronco firme y se la masturbo mientras le cubro la cabeza con la lengua. Él se mueve en la silla que cruje mientras su abdomen se tensa. Los gemidos que salen de su boca son más pesados, más urgentes.

De repente, me agarra la cabeza con fuerza, mantiene su polla profundamente en mi boca y se libera con un rugido. Contengo el aliento mientras oleadas cálidas de semen salen de él y entran en mí. Salpican todo el paladar antes de deslizarse por mi garganta, calentando mi interior a su paso.

Espero hasta estar segura de que no queda nada más y luego lo saco mientras trago su semen caliente. Me quedo mirando su gran polla con asombro, mitad maravillada de que exista algo tan hermoso y mitad maravillada de haber hecho que se corriera.

Él se recupera rápidamente y se levanta con un gruñido. Jadeo cuando barre la mesa con su brazo grande, enviándolo todo por los aires al suelo.

—¿Qué est...?

Antes de que pueda decir nada más, me levanta y me deposita sobre la mesa. Estoy tumbada boca arriba, mirándolo en estado de shock mientras agarra mis pantalones de yoga y los arranca de un tirón.

Mi coño palpita de calor al observar a este hombre alfa mirando entre mis piernas. Solo unas finas bragas mojadas cubren mi zona más íntima. No van a detenerlo, viendo cómo ha destrozado esos pantalones de yoga.

Su polla sigue dura como una piedra. Está erguida y palpitante. Me pregunto si la sentiré dentro de mí antes de que acabe la noche... Parece que mi virginidad corre peligro.

Warren deja escapar un gemido ronco mientras cae de rodillas y me separa las piernas con esas manos grandes, fuertes y posesivas. Su cara está justo frente a mi sexo y sé que puede olerlo. Con toda la humedad empapando mis bragas, probablemente también pueda verlo.

—*Mía* —gruñe y luego me besa el coño suavemente por encima de las bragas. Un cosquilleo eléctrico me recorre de pies a cabeza. Casi me corro en el acto.

Esas manos grandes agarran mi ropa interior y la rompen, haciéndola jirones mientras el aire fresco golpea mi coño caliente.

Ahora puede verlo *todo*. Y está mirando. Sus hambrientos ojos verdes contemplan mi sexo como si fuera todo suyo, joder. Como si no pudiera saciarse de lo que está viendo.

Sus manos fuertes mantienen mis piernas abiertas, así que no podría esconderme de él aunque quisiera. Me *gusta* ver esa mirada en sus ojos. Me *gusta* estar tan expuesta ante él.

—Eres jodidamente sexi —gruñe—. ¿De quién es este coñito?

—*Tuyo* —digo mientras mi cuerpo se retuerce sobre la mesa, desesperado por que me lama.

—Exacto —gruñe mientras lo mira con ojos voraces—. Es todo mío, joder. Siempre lo será.

Pasa la lengua por él y se me curvan los dedos de los pies mientras dejo escapar un grito profundo que viene de mi interior. Es la sensación más intensa que he tenido nunca. Es increíble.

Apenas puedo respirar mientras sigue lamiéndome: recorriendo mi abertura húmeda, deslizándose por mis pliegues, jugando con mi clítoris dolorido. Su lengua se mueve por *todas partes* y yo tiemblo sobre la mesa, nada preparada para tal intensidad.

Me hace estremecer hasta la médula cuando envuelve mi clítoris con sus labios y lo succiona con un movimiento rítmico. Me muero mientras saborea mi agujero virgen y luego gime hambriento ante el sabor.

Arqueo la espalda cuando me toca con las manos y desliza dos dedos gruesos dentro. Mi coño se cierra alrededor de ellos, queriendo *más*, siempre queriendo más...

—Sabes tan jodidamente bien —gruñe mientras le cubro la boca con mi flujo. Sus labios brillan por mi excitación. No parece tener suficiente.

Se sumerge de nuevo y devora mi coño con su boca voraz e implacable. Mis entrañas se tensan mientras me lame más rápido y más fuerte. Las piernas empiezan a temblarme. Mi interior se *estruja*. La tensión se vuelve insoportable. Me voy a correr...

Esa lengua mágica vuelve a subir hacia mi clítoris y todo estalla. La tensión se deshace mientras un grito sale disparado de mis pulmones. Me corro por toda su boca. *Fuerte*. Él me agarra de las caderas y me mantiene pegada a su cara mientras mi coño se corre sobre él. El flujo cálido mana mientras yo tiemblo sobre la mesa.

No deja de lamerme. Es una bestia voraz intentando atrapar hasta la última gota.

Grito, me aprieto las tetas y me retuerzo como una zorra en celo frente a este hombre al que acabo de conocer. Puede que acabemos de conocernos, pero estamos hechos el uno para el otro. Ahora lo sé con certeza. Nadie podría hacer que mi cuerpo reaccionara así a menos que yo fuera su compañera.

Sigo estremeciéndome y temblando cuando él se levanta y me mira con esos sexis ojos verdes. Están llenos de sentido de propiedad. Sé que soy suya. Sé que mi cuerpo fue hecho para él.

Haré lo que tú quieras. Haré *cualquier cosa* por él.

Agarra su polla grande y firme y se la acaricia mientras me observa con sus ojos posesivos.

Supongo que estoy a punto de descubrir exactamente qué es lo que quiere...

CAPÍTULO OCHO

Warren

Mi pequeña y sexy compañera está tumbada medio desnuda sobre la mesa de la cocina, con su preciosa coñito virgen totalmente expuesto. Me acaricio la polla mientras contemplo sus suaves labios vaginales.

Sus jugos húmedos todavía están en mi boca y puedo oler su divino aroma circulando por mi interior, haciendo que mi pecho vibre.

Todavía no lo he visto todo…

—Quítate la camiseta —gruño mientras me masturbo con más fuerza. Ella se incorpora rápidamente y se la quita de un tirón. La parte superior de sus tetas rebota en el sujetador y se me hace la boca agua—. El sujetador también.

Me acaricio más rápido mientras ella estira el brazo hacia atrás y lo desabrocha. Sus hermosas tetas caen libres mientras ella retira la prenda y la deja caer al suelo de la cocina.

—Joder, estás impresionante —susurro para mis adentros mientras ella vuelve a tumbarse, observándome con ojos ardientes.

Tengo que dejar de acariciarme la polla o me voy a correr por todo el suelo de baldosas y me perderé la diversión.

Suelto mi miembro y agarro sus turgentes tetas. Ella gime al sentir mi fuerza. Envalentonado, cubro sus pechos con mis manos grandes y lamo sus pezones endurecidos, uno por uno.

Esta chica es tan sabrosa. Lamerle el coño ha sido como lamer miel templada, y chupar sus tetas está haciendo que mi polla lata de necesidad.

—Oh, Warren —gime cuando apoyo mi duro tronco sobre su cálido coño. Lo hundo contra ella, lo que hace que me agarre de los brazos y me atraiga hacia delante—. Métela. *Por favor*. Quiero sentirla...

Sonrío, sabiendo que voy a ser el primer hombre en estar dentro de ella. Su virginidad será siempre mía. Pase lo que pase, siempre tendré esa parte de ella.

Agarro mi polla firme y presiono el glande contra su abertura. Está tan húmeda. Tan caliente. No puedo esperar a sentir lo que es deslizarse dentro y fuera de ella. Sé que una vez que lo pruebe, no podré pasar un solo día sin tenerla de nuevo.

—Dios, estás estrecha, pequeña —jadeo al sentir cómo su cálido coño me *aprieta*. Está ceñido alrededor de mi cabeza y casi me succiona hacia dentro.

Aquí está. Este es el momento que he esperado toda la vida. Voy a reclamar a mi chica para siempre. Voy a hacerla mía de la mejor manera posible.

Beso el lugar de su cuello destinado a mi marca y luego empujo con fuerza. Ella me grita al oído mientras mi polla se desliza hasta el fondo, hundiéndose profundamente en su cálido sexo. Su calor me envuelve. Su coño me *estruja*. Se siente tan bien. Esta chica increíble se siente jodidamente bien.

Gime bajito mientras se aferra a mí, intentando acostumbrarse a mi enorme tamaño. Sé que es intenso para ella. Mi polla está siendo comprimida, pero eso no es nada comparado con ser estirada desde el interior. Beso su boca suave y ella gime contra mis labios. Tiene los ojos apretados y las manos hechas puños.

—Así, mi buena chica —susurro mientras le beso el cuello—. Eso es... Deja que te ensanche. No volverá a doler así.

Mi oso gruñe mientras le beso el cuello. Está enfadado conmigo. Lo noto. Quiere que hunda nuestros dientes en su carne y la marque como nuestra. Lo desea con ansias. Lo quiere ya.

No va a pasar, le digo. *Así que piérdete.*

Él refunfuña con saña mientras se retira a mi interior. Esta belleza ya está pasando por suficiente ahora mismo. No voy a morderle el cuello también.

La marcaré pronto, pero no será en nuestra primera noche juntos. Mi grizzly tendrá que aguantarse.

Ella relaja los puños y empieza a acariciarme los brazos. Abre los ojos lentamente. Sus ojos azules me observan con un brillo de lujuria nublándolos. Sus labios se entreabren, dejándome ver su sexy lengua rosada.

—Ya está mejor —susurra mientras le acaricio el cabello castaño con los dedos—. Estoy bien.

Beso sus labios, enamorándome de ella una vez más.

La intensa estrechez con la que me aprieta se relaja, así que empiezo a balancear mis caderas, entrando y saliendo de ella, ganando un centímetro cada vez. Los ruiditos sexis que salen de su boca me dicen que le encanta. Se está dejando llevar.

Sus manos agarran mi culo y me atrae hacia ella con cada embestida.

La mesa no deja de chirriar mientras se desplaza por el suelo, intentando alejar a mi chica de mí con cada empuje de mis caderas.

La cojo en vilo y la llevo hasta los sofás mientras mi polla dura sigue plantada en su interior. Ella envuelve sus piernas a mi alrededor, me agarra de los hombros y me dedica la mirada más sexy. Tengo que detenerme y embestirla tres o cuatro veces antes de poder continuar.

Dejo caer mi culo en el sofá, haciendo que ella baje encima de mí. Se sienta a horcajadas sobre mi gran cuerpo mientras se echa el pelo hacia atrás.

—Cabalga mi polla, nena —gruño—. Muéstrale a mi verga cuánto la quieres.

Se muerde el labio inferior mientras me lanza una mirada coqueta. Estoy tan jodidamente feliz de que sea mi compañera. Solo

la quiero a ella. Puedo sentir la obsesión bajo control. Se está apoderando de mí.

Poso mis manos sobre su suave culo y gimo cuando empieza a cabalgarme. Desliza ese cálido y estrecho coño arriba y abajo por mi miembro y se siente tan bien que apenas puedo respirar.

Sus turgentes tiritas botan frente a mi cara. Me quedo hipnotizado por la vista mientras su sexo baña mi polla con su cálido y pegajoso flujo.

—Esa es mi chica —gimo mientras me cabalga más rápido, engullendo cada centímetro de mi gruesa polla—. ¿Cómo se siente?

—Tan jodidamente bien —dice mientras cierra los ojos—. Me encanta tu polla.

Ya estoy soltando líquido preseminal dentro de ella y no hay protección entre nosotros. Sin condón, sin pastillas, sin nada. Solo mi polla al desnudo deslizándose en su húmedo y dispuesto coño una y otra y otra vez.

Necesito correrame por todo su útero. Necesito *preñarla*.

El impulso se está imponiendo. La quiero embarazada de mi hijo. Quiero que mi semilla germine en su interior. Quiero a mi hijo creciendo en su vientre.

La necesidad se vuelve insoportable. Es demasiado para controlarlo.

La sujeto por las piernas y la giro. Su espalda cae sobre el sofá. Ella gime cuando le separo las piernas y empujo con fuerza, hundiendo mi polla en su coño en la postura del misionero.

Prénñala. Prénñala.

Esas dos palabras atraviesan mis pensamientos mientras arremeto con más fuerza y profundidad.

Quiero ir más despacio por ella. No debería ser tan brusco, pero no hay forma de detener esto. Necesito fecundar a mi compañera tanto como necesito aire en mis pulmones.

—Córrete para mí —gruño mientras deslizo mi polla por su coño virgen—. Haz que este dulce coñito se corra para su hombre.

Ella grita, más fuerte y con más urgencia. Está muy cerca. Yo también...

—Córrete en mi polla —siseo entre dientes mientras la follo más rápido—. Quiero sentir cómo te corres por todo mi miembro.

Su espalda se arquea. Grita. Aprieta los ojos. Y se corre. *Fuerte*.

Su coño me estruja la polla con más fuerza que nunca mientras entro y salgo de ella a un ritmo implacable.

Esto es más intenso para ella que todas las otras veces juntas. Todo su cuerpo está temblando.

La sensación de su estrecho sexo corriéndose con una polla por primera vez me lanza al abismo. Embiesto con fuerza, empujando mi miembro tan adentro como puede llegar, y me libero.

Ella gime cuando siente mi carga caliente entrando en ella.

—Eso es —susurro mientras le inclino las caderas hacia arriba para que mi semilla llegue a donde debe ir. Quiero que vaya directa a su útero puro. Quiero preñarla.

—*Oh, joder* —solloza mientras otra oleada caliente abandona mis huevos y entra en su sexo.

Me mantengo dentro de ella hasta que estoy seguro de que no queda nada. Solo entonces me retiro y me desplomo en el sofá.

Ella tiene los ojos cerrados, pero los míos están abiertos. Sigo admirando su cuerpo desnudo, todo sonrosado y con un sexy rastro de sudor.

El deseo de enterrar mi cabeza entre sus piernas regresa rugiendo, pero lo reprimo. Habrá tiempo de sobra para eso después. Tenemos toda una vida para estar juntos y explorar cada rincón íntimo. Aun así, se me hace la boca agua solo de pensarlo.

Solo una cabezadita rápida, me digo mientras cierro los ojos—. *Y luego podremos levantarnos y volver a hacerlo todo de nuevo.*

CAPÍTULO NUEVE

Warren

—¿Se han ido? —pregunta Daisy mientras observamos el valle a lo lejos. Es la mañana siguiente y hemos regresado a mi rancho. Los jets privados y la carpa gigante han desaparecido, pero sigo sintiéndome inquieto. Mi oso también. Se pasea por mi interior, inseguro ante la situación.

—No lo sé —le digo mientras inspecciono la zona. Aparte de la nueva pista de aterrizaje de tierra y las huellas de los aviones que aún marcan mi valle, no hay rastro de que hayan estado allí. —Estamos a favor del viento, así que no capto ningún aroma.

—Parece que todo está bien.

Suelto un suspiro largo y profundo mientras miro el bosque, el establo y mi casa. No me gusta la idea de bajar allí y caer en una emboscada con mi chica. Anoche eran hombres ricos y poderosos, y ese tipo de hombres no dejan pasar las cosas fácilmente.

—Deberías quedarte en la cabaña mientras yo echo un vistazo.

—No —dice sacudiendo la cabeza con terquedad—. Somos compañeros, lo que significa que ahora somos un equipo. Iremos juntos.

No me hace gracia, pero me doy cuenta de que no va a dar su brazo a torcer.

—Está bien —accedo—. Ven conmigo, pero no te separes de mi lado. Iremos a la casa para dar de comer a Snoops y dejarlo salir.

—¿Snoops?

—Mi pastor alemán.

—¡Me *encantan* los pastores alemanes! —exclama con un chillido de entusiasmo—. ¿Se llama así por Snoopy?

—Qué va. Por Snoop Dogg —digo con una risa—. Estaba sonando en el coche cuando volvía de verlo en el criadero y no paraba de aullar al ritmo de la música.

Ella sonríe y mi corazón casi se detiene. —Tengo muchas ganas de conocerlo.

—Te va a adorar. Pero no tanto como yo. Eso es imposible.

Caminamos de la mano mientras bajamos por la ladera hacia el rancho. Estoy en alerta máxima mientras escolto a mi preciado tesoro hacia la casa. No quiero que le pase nada. Nunca podría perdonármelo.

Pasamos rápido junto al viejo establo. No hay nadie escondido dentro.

Supongo que no voy a poder reconstruirlo ahora. Sé que no recibiré el dinero que Coco St. James me prometió. El trato se rompió en cuanto irrumpí y robé a una de sus chicas. Es imposible robar lo que por derecho te pertenece, pero Coco no va a verlo de esa manera.

Ni siquiera me importa. Lo que tengo es infinitamente más valioso para mí que todo el dinero del mundo.

—¿A ti te han pagado? —le pregunto.

Ella asiente. —Un millón de dólares. Ya se lo he enviado a mi familia, para..., ya sabes.

Le aprieto la mano y le dedico una sonrisa cálida. —Estoy seguro de que eso ayudará mucho a que te perdonen.

Ella me devuelve la sonrisa con gratitud. —Eso espero.

Llegamos a la casa y, cuando compruebo que no hay peligro, dejo salir a Snoops para que corra un poco. Se enamora de Daisy de inmediato y apenas se separa de ella.

Dejo que se conozcan mientras entro a preparar el desayuno. Es una mañana de verano preciosa, así que comemos en el porche

mientras hablamos y reímos. Si el resto de mi vida va a ser como las últimas diez horas, moriré como un hombre muy feliz.

—¿Dónde vivías? —le pregunto al darme cuenta de que no tengo ni idea de dónde es.

—Mi familia es de Arizona, pero me mudé a Silicon Valley por trabajo. No quiero volver allí nunca.

—¿Y dónde te gustaría vivir?

Ella sonríe para sus adentros mientras observa a Snoops olfateando todo a lo lejos. El perro se está volviendo loco corriendo por el valle, captando todos los olores inusuales de la noche anterior.

—Este sitio es muy agradable —dice en tono tímido—. Siempre me han gustado las montañas.

Se vuelve hacia mí con una expresión llena de esperanza y vulnerabilidad.

—¿Tú qué opinas de eso?

—No dejaría que te marcharas aunque lo intentaras —digo con una sonrisa de oreja a oreja—. Te quedas aquí conmigo para siempre. Llenaremos esta casota de bebés preciosos. ¿Qué te parece a *ti eso*?

Ella sonríe mientras sus mejillas adquieren un adorable tono rosado. —Eso suena muy bien...

Nos miramos fijamente durante un largo rato, incapaces de quitarnos la sonrisa de tontos de la cara. El sonido de un jet sobrevolando la zona lo arruina todo.

Yo lo oigo primero.

—¡Snoops! —lo llamo con un silbido. Él cruza veloz el valle y regresa al porche con la lengua fuera.

—¿Qué pasa? —pregunta Daisy, pero entonces ve el jet acercándose—. Oh.

—¿Vienen a buscarme? —pregunta Daisy con un temblor nervioso en la voz mientras el avión aterriza en la pista de tierra.

Me quito la camiseta y flexiono los brazos, despertando a mi oso. —No lo permitiré.

Mi grizzly emerge a la superficie con un gruñido. *Todavía no*, le digo. *Pero prepárate.*

Él ruge en mi interior mientras el jet se detiene por completo.

—Vete a esconderte dentro —le digo a Daisy. Sabía que no debería haberla traído aquí. ¿En qué estaba pensando?

—No —dice poniendo una mano sobre mi hombro tensado—. Quiero quedarme contigo. Podemos solucionar esto juntos.

Miro la feroz determinación de sus ojos azules y asiento. —Quédate detrás de mí.

La puerta del avión se abre y las escaleras descienden lentamente hacia la tierra mientras nos acercamos. Snoops se mantiene pegado a mí.

Mis puños se aprietan y mi oso gruñe cuando Lincoln McCormick baja por los escalones.

Si cree que va a acercarse a mi compañera, va a aprender una cruda realidad. Este cambiante de oso posesivo no se anda con juegos cuando se trata de su chica.

Coco St. James sale a continuación, seguida por los tres cambiantes de león en sus formas humanas. *Estos tipos otra vez no...*

Mi oso bufa y se pasea furioso por mi interior al verlos. Quiere salir y encargarse de ellos de una vez por todas.

—Señor Hensley —dice Coco mientras avanza con su actitud de mujer de negocios—. Tiene usted un producto que me pertenece.

—Vuelva a llamar «producto» a mi compañera y tendremos un problema muy serio —digo sin rodeos.

Ella hace una mueca mientras se detiene a unos metros de nosotros. Sus guardias la flanquean junto a McCormick.

—Ella no puede ser su compañera —dice el multimillonario—. Es mi esposa. La he comprado legalmente.

—Y si vuelve a llamarla su esposa, le arrancaré la garganta.

—¡Ella aceptó el matrimonio!

——¡Me obligó! —estalla Daisy—. Jamás pronuncié los votos.

—Tengo su firma en el certificado de matrimonio —dice él mientras saca unos papeles blancos impecables y los agita en el aire.

No hay forma de que ese certificado haya sido registrado todavía. El registro civil no ha abierto desde que se firmó.

Los atentos ojos marrones de Snoops están fijos en el papel blanco. Me inclino y le susurro al oído: —A por él, chico. ¡Ve!

Mi perro salta hacia delante, cruza la hierba que nos separa como un rayo y se abalanza sobre McCormick. El multimillonario se queda sin aliento cuando Snoops le arrebata el contrato de la mano y sale corriendo con él en la boca.

—¡Coged a ese perro! —grita mientras Snoops lo hace pedazos.

Nadie se mueve. Todos me miran a mí.

—Eso soluciona lo del matrimonio —digo—. ¿Alguien más quiere decirme que mi compañera no es mía?

Los tres cambiantes de león no parecen muy ansiosos por pelear. Probaron la fuerza de mi oso anoche y ahora que saben que está luchando por su compañera, no quieren saber nada del asunto.

—¡No es suya! —chilla McCormick mientras da un paso al frente indignado, con el rostro encendido de rabia—. ¡Es mía! ¡He pagado por ella! ¡Diez millones de dólares por una esposa virgen! ¡Ese era el trato! Más te vale no haberla mancillado. ¡Ese es *mi* coño para reclamarlo!

Mi grizzly explota hacia delante con un rugido rabioso. No puedo contenerlo. No después de oír a ese imbécil decir que el cuerpo de ella le pertenece. Carga hacia delante como un volcán en erupción, surgiendo de mi interior en un arrebato de furia violenta y asesina.

Nunca lo había visto así. Sé que va a matar.

No me interpongo en su camino ni intento frenarlo. Mientras este hombre esté vivo, mi Daisy estará en peligro y no puedo permitirlo. Cualquier amenaza contra ella debe ser eliminada de forma rápida y decisiva.

Me retiro mientras mi grizzly arremete contra el hombre acobardado con un rugido salvaje. McCormick se queda paralizado por el miedo mientras mi oso lanza sus garras feroces. Le rebanan la garganta.

El multimillonario se agarra la yugular sangrienta con los ojos muy abiertos mientras cae de rodillas. La sangre brota entre sus dedos mientras la vida abandona su cuerpo.

Se desploma en el suelo, muerto.

Mi oso se pasea protectoramente delante de nuestra compañera mientras vuelve sus ojos feroces hacia Coco y sus guardias.

Coco apenas parpadea al mirar el cadáver de McCormick. —Supongo que podemos considerar esta situación resuelta. Hemos recibido el pago de McCormick y usted ha recibido el suyo, señorita Douglas.

Hago que mi oso retroceda y él, a regañadientes, deja que vuelva a mi forma humana.

—Aún me debes dinero —digo cuando recupero el habla.

Ella levanta la barbilla mientras esos ojos azul gélido me desafían. Noto que quiere discutir. Es su lado de empresaria despiadada. No quiere soltar ni un céntimo sin pelear.

Sus ojos se desvían hacia el cadáver y traga saliva con dificultad. —Muy bien. Tendrá el millón de dólares en su cuenta bancaria antes de que acabe el día, señor Hensley.

—Perfecto. Una vez que el dinero esté en mi cuenta, consideraremos esto zanjado.

Ella me dedica un breve asentimiento y ordena a los cambiantes de león que recojan el cuerpo de McCormick antes de darse la vuelta y regresar al jet.

Todos me vigilan de reojo mientras levantan el cadáver y lo llevan al avión.

—No, quita, qué asco —oigo decir a Coco cuando intentan meterlo en la cabina—. Me vais a manchar toda la moqueta de sangre, por el amor de Dios. Ponedlo en la bodega de carga.

Snoops sigue destrozando el contrato mientras cargan el cuerpo y finalmente despegan.

Sigo al jet con la mirada hasta que desaparece en el cielo.

Si vuelven alguna vez, me prometo a mí mismo, *los mataré a todos.*

Nadie volverá a amenazar a mi compañera.

Me vuelvo hacia mi chica y sonrío. —Eres libre.

Ella corre hacia mí con lágrimas en los ojos y se lanza a mis brazos. La sostengo con fuerza mientras ella apoya la cara en mi cuello y me abraza con la misma intensidad.

—Gracias, Warren —susurra—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Hundo la nariz en su cabello castaño y aspiro su aroma frutal. — Tú también eres lo mejor que me ha pasado a mí.

Le quitamos el contrato destrozado a Snoops y lo llevamos a la zona de la hoguera. Daisy luce una enorme sonrisa mientras lo rocía con líquido para encender y luego le prende fuego. Veo el alivio en su rostro mientras las llamas lo consumen.

Se acabó. Su familia tiene su dinero, McCormick está muerto, mi establo será reconstruido e incluso me sobrará suficiente dinero para llevar a mi chica a algún sitio bonito de vacaciones. Ambos lo necesitamos.

Caminamos hacia la casa de la mano. Nunca me he sentido tan aliviado. Tan feliz. Siento que...

Mi oso gruñe en mi interior, interrumpiendo mis pensamientos.

Márcatela, bufa. *Ahora.*

Tal vez aún no haya terminado... Todavía queda algo por hacer antes de que sea completamente mía.

Mi marca aún no está en su cuello.

CAPÍTULO DIEZ

Warren

—Habrá que cambiar todo el tejado —dice el contratista mientras caminamos por el interior del establo. El dinero de la casa de subastas ha llegado y lo primero que he hecho ha sido llamarlo. Quiero que las reformas estén terminadas antes del invierno para que el dichoso tejado no se hunda bajo todo el peso de la nieve.

—Esa parte parece estar bien —murmura para sí mismo mientras garabatea algo en su libreta.

—Hola —dice Daisy al entrar.

El contratista le sonríe con cortesía y eso altera a mi oso. De la nada, se convierte en una bestia rabiosa, gruñendo y arremetiendo hacia la superficie. Intenta salir y despedazar a este hombre. Puedo sentir su ira, su frustración, su rabia.

Sé que esto es culpa mía. No tiene nada que ver con Daisy ni con el contratista. Es imposible que ella se interesara por alguien que no fuera su compañero, y él solo le sonríe con educación a una clienta. Probablemente tenga mujer e hijos en casa.

Pero a mi grizzly no le importa. Nuestra marca no está en ella y no se sentirá seguro hasta que lo esté.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el tipo cuando me doblo por la mitad, agarrándome el estómago mientras intento evitar que explote

fuera de mí. El contratista me toca la espalda y un gruñido bajo de advertencia retumba en mi garganta.

—Está bien —dice Daisy rápidamente—. Ha estado teniendo algunos problemas de estómago últimamente. Es mejor que se vaya. ¿Puede volver mañana? ¿O en cualquier otro momento?

—Sí, le daré un toque mañana —dice él antes de marcharse a toda prisa.

Mi oso quiere ir tras él. Quiere hundir sus garras en la espalda del hombre por atreverse a sonreírle a mi chica.

Joder. ¡Cálmate, tío!, le grito a mi oso.

Él me responde con un gruñido.

Daisy se acerca corriendo mientras mi oso lucha por salir. Me cuesta mucho retenerlo. Es tan fuerte… Está rompiendo la barrera…

—*No… mires…* —digo con una voz profunda y ronca mientras mi cuerpo se hincha. La piel se me tensa sobre los brazos abultados, amenazando con rasgarse por la mitad. Me duelen los dientes al afilarse y alargarse, empujando mis labios hacia fuera. Probablemente mis ojos estén brillando ahora mismo. Debo de parecer un engendro. Un monstruo. Una bestia salvaje fuera de control.

No quiero que me vea así. Nunca podrá olvidarlo. Después de hoy, siempre seré un monstruo a sus ojos. Nunca seré normal.

—… *por favor…* —Apenas puedo hablar. Me está costando todo lo que tengo mantener a raya a esta bestia furiosa. Mis músculos están en tensión mientras lucho por obligarlo a retroceder.

—Estoy aquí —dice con voz reconfortante—. No me voy a ninguna parte.

Pone la mano en mi espalda y eso calma un poco a mi oso. Sigue intentando salir, pero noto que su furia disminuye.

Me estremezco al pensar en qué aspecto debe de tener mi espalda ahora mismo. Qué tacto tendrá. Mis músculos tienen un tamaño grotesco y la mano de mi compañera está sobre ellos. Nunca perdonaré a mi oso por esto.

¡Te dije que iba a marcarla! ¿Qué cojones te pasa?

¡Ahora! ¡Hazlo ahora!», me ruge. No con palabras, sino con intenciones. Se ha cansado de esperar. Noto que ha perdido toda la

paciencia.

Aprieto las manos en puños y unas largas garras negras se hunden en mis palmas. La sangre caliente empapa mis dedos mientras mi oso se agita en mi interior.

—Déjame ayudarte —susurra Daisy—. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué es lo que quiere?

Quizás ella también pueda sentir sus intenciones porque se está tocando el cuello. Sus dedos están en el lugar destinado a mi marca. Probablemente le esté ardiendo de forma increíble.

—*Quiere… hacerte… nuestra…*

Sueno como algo sacado de una película de terror; mi voz monstruosa es totalmente gutural y profunda, como si hubiera fumado diez paquetes al día desde los doce años.

Ella no se aparta. No se amedrenta. La amo por eso.

—Soy tuya, Warren —dice mientras me acaricia la espalda—. ¿Cómo puedo demostrártelo a ti y a tu oso?

Mis ojos dorados se clavan en su cuello. Ella contiene el aliento mientras se echa hacia atrás, tocando el lugar hecho para mis dientes.

—¿Aquí? —pregunta con voz tenue.

Suelto un suspiro profundo mientras lo miro. Mis fosas nasales se dilatan. Mis caninos ya han salido por completo.

—*Quiere… marcarte…*

El impulso de lanzarme sobre ella es arrollador. Me cuesta todo lo que tengo contenerme.

Sus ojos azules brillan de emoción mientras me observa. —Yo también lo quiero —dice—. Haz lo que tengas que hacer.

El control al que me aferré se rompe. Me lanzo hacia delante y la atrapo en mis grandes brazos.

Sus labios se separan mientras se aferra a mí. Puedo ver la excitación y la lujuria en sus ojos mientras la tumbo sobre los montones de heno.

—Hazlo, Warren —dice con el pecho agitado—. Marca a tu chica. Marca a tu compañera.

Me echo hacia atrás y me arranco la ropa. Mi camisa y mis pantalones ya estaban rotos por el intento de mi oso de abrirse

paso, así que se deshacen con facilidad.

Ella se desviste rápidamente mientras sus ojos lujuriosos me recorren. Odio que me vea así. Mi pecho es casi el doble de grande de lo normal, vellos marrones y gruesos brotan de mis hombros, mi boca está llena de dientes afilados y mis manos parecen las de un hombre lobo: dedos largos y gruesos cubiertos de pelo marrón con garras negras y mortales curvadas en las puntas.

Pero no se aparta ni pone cara de asco. Parece más excitada que nunca mientras se quita las bragas mojadas y abre las piernas, mostrándome su sexo húmedo y dispuesto. Sus labios rosados brillan de excitación. Lo desea tanto como yo. Puedo sentir su necesidad espesando el aire.

Agarro mi gran polla y me subo sobre mi compañera con un gruñido. Cada parte de mí es más grande ahora mismo, y eso incluye mi miembro. Es más largo y grueso, y sé que esto va a dolerle a mi compañera, pero parece que no puedo detenerme.

Daisy abre las piernas todo lo que puede, intentando hacer sitio para mi cuerpo gigante. Presiono mi glande hinchado contra su estrecha entrada y ella lanza un grito al sentir lo grande que soy.

Quiero ir despacio. Quiero que esto sea fácil para ella, pero no puedo. Mi control se ha esfumado. Una necesidad intensa y una urgencia imparable me empujan hacia delante. Mi grizzly ruge en mi oído, exigiendo que me mueva más rápido.

Daisy grita cuando la penetro *profundamente*, deslizando mi gruesa polla en su estrecho y cálido coño. No me detengo hasta que mi pelvis choca contra su clítoris. Está tan *estrecha*. Tan caliente. Es celestial.

Quiero disfrutar de la sensación de su sexo apretándome, pero mi oso ya ha terminado con mi placer. Solo tiene una cosa en mente.

—¡Oh, joder! —grita mientras la embisto con fuerza y rapidez, golpeando mi polla contra su pequeño coño una y otra vez hasta que se corre sobre mí.

Sus tetas botan al ritmo despiadado de mi polla. Agarro una con mi mano monstruosa, y las largas garras le rozan la piel.

Ella jadea mientras me agarra el dorso de la mano, manteniéndola sobre su pecho. Puedo sentir su corazón latiendo con

fuerza. Puedo ver la emoción lujuriosa en sus ojos. Eso me espolea aún más.

Le agarro las caderas y tiro de ella hacia delante, inclinando su cuerpo para poder follarla aún más profundo.

—¡Sí! ¡Oh, joder, sí!

Se corre de nuevo y sus gritos resuenan en el establo vacío. Su flujo caliente gotea sobre mis testículos llenos, cubriéndolos con su néctar pegajoso.

Hazlo, me urge mi oso ahora que su sexo está bien lubricado. *¡Márcala! ¡Márcala!*

Mi chica ladea la cabeza y expone el cuello. Debe de saber que ha llegado el momento. Debe de saber que está a punto de ser mía para siempre.

—Oh, Warren —gime mientras acelero el ritmo, hundiéndome profundamente con cada poderosa embestida—. *Oh, Dios mío, lo necesito.*

Un gruñido retumba en mi garganta cuando miro su carne suave. Retiro los labios, exponiendo mis caninos, y me lanzo hacia delante.

—Oh… joder…

Su sexo estalla contra mi polla por tercera vez mientras mis dientes se hunden en su cuello. Mantengo mis caninos clavados en su carne mientras mi marca arraiga. Un sabor metálico me llena la boca. Mi oso ronronea. Su coño ordeña y aprieta mi polla gruesa.

Ella jadea cuando finalmente retiro los dientes. Beso el lugar con suavidad, esperando que mi saliva ayude a que cure más rápido. Mi oso gruñe satisfecho mientras se repliega. Por fin está saciado.

Ahora es nuestra.

Ese hermoso pensamiento hace que me desmorone. Me empuja al abismo.

Empujo mis caderas tres veces, embistiéndola con fuerza antes de que el orgasmo me alcance y me corra en lo más profundo de su interior.

Ella grita y tiene otro orgasmo mientras recibe cada gota de mi semen caliente en su coño dispuesto.

Por fin puedo respirar.

Mi marca está en su cuello. No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que lo he hecho.

Su sexo cálido me aprieta el miembro mientras lo saco lentamente. Es como si no quisiera que se fuera.

Mi chica está agotada. Supongo que cuatro orgasmos y la marca de un compañero dejan así a cualquiera. Está tumbada sobre el montón de heno con los ojos cerrados. Sus piernas están abiertas, dejando su sexo hinchado y cubierto de semen a plena y hermosa vista.

La observo con asombro mientras mi cuerpo vuelve a su tamaño normal. Mi oso no volverá a atormentarme así. Ahora que su marca está en nuestra compañera, se portará bien.

Una pesadez invade mi cuerpo, así que me acuesto a su lado y la atraigo hacia mí. Ella gime de satisfacción cuando siente mis grandes brazos protectores envolviéndola.

Beso la marca de su cuello. Ya está sanando.

Ella sonríe con los ojos cerrados.

—Se siente diferente —susurra.

—¿Cómo te sientes?

—Como si estuviera en casa. Como si estuviera justo donde debo estar.

La abrazo con más fuerza y vuelvo a besarla. —Eso es porque lo estás.

EPÍLOGO

Warren

Siete meses después…

Siempre quise terminar de trabajar y encontrarme a mi compañera allí esperándome, pero esto es incluso mejor. Mi compañera está conmigo todo el día.

—Oh, joder, sí —gime en mi oído mientras me la follo contra la pared de mi oficina.

Se aferra a mis hombros, con las piernas envueltas alrededor de mi cuerpo mientras me embisto contra ella y hundo mi polla dura en su estrecho coñito una y otra vez.

Los chicos se han ido a almorzar a la cafetería del pueblo, así que me estoy tirando a mi atractiva nueva compañera por toda la oficina de la caravana.

Su cálido coño estalla sobre mi polla dura, corriéndose por todas partes mientras grita en mi oído. La sensación celestial de su vagina masajeándome mientras se corre me arranca un orgasmo. Me golpea con fuerza mientras la penetro profundamente.

Gime al sentir mi corrida caliente entrando en su joven y flexible cuerpo. Esta belleza ya está embarazada de mi hijo, así que esto es solo por diversión.

—Joder —murmura mientras la bajo de nuevo al suelo. Camina tambaleándose hasta la silla de mi escritorio y se desploma en ella mientras busco mi camisa.

Daisy lleva trabajando conmigo los últimos dos meses y ya ha incrementado nuestros beneficios en un veinte por ciento. Tiene una mente para los negocios increíble y ha empezado a hacer todo tipo de cambios. Con ella a mi lado, seremos capaces de convertir esta empresa en una potencia.

Eso vendrá muy bien, ya que tenemos una familia en camino. El primer niño estará aquí en tres meses y, en cuanto pueda, me pondré a trabajar para meterle el segundo.

Miro su vientre redondeado mientras cojo mi camisa de encima de la lámpara. Verla embarazada de mi hijo es lo más sexy que he visto nunca. Está radiante. El embarazo le sienta de maravilla.

Las cosas le han ido de lujo. Todo el lío con su antigua empresa se ha resuelto y los artículos en la prensa han cesado. Está haciendo todo lo posible por pasar página y estar tan aislados aquí, en las montañas de Montana, ayuda de verdad. Nadie en el pueblo ha oído hablar nunca de Avaretech, y no les importaría aunque lo hubieran hecho.

Incluso se ha reconciliado con su familia. El dinero ayudó, pero creo que finalmente se han dado cuenta de que no fue culpa suya. Salieron algunas cosas en las noticias sobre su socio, Miles —correos electrónicos y llamadas grabadas—, y dejaron bastante claro que ella no sabía la verdad de lo que estaba pasando.

Vienen de visita el mes que viene para pasar unos días, conocerme y reunirse con su hija. Espero que estén listos para dejar todo esto atrás. Sé que Daisy casi lo ha conseguido. Lo único que le falta es un abrazo de su madre y de su padre.

—¿Les das este tipo de trato especial a todos tus nuevos empleados? —pregunta Daisy con una sonrisa mientras se sube los pantalones.

Me encanta verla vestirse. Me apoyo en la estantería mientras observo cómo se pone el sujetador.

—No, tú eres la primera.

—Me siento muy honrada —dice con una sonrisa—. Aunque no sabía que satisfacer al jefe formara parte de la descripción del trabajo. Habría pedido un sueldo más alto.

Sonrío mientras me acerco a ella. —Te pagaría lo que me pidieras si eso significara deslizarme dentro de tu cálido coño todos los días. Merecería la pena cada céntimo.

Suelta un gemido cuando la agarro por la nuca y la beso con fuerza.

—Por suerte para ti, lo tienes gratis —dice lamiéndose los labios.

Mi polla vuelve a endurecerse, pero los chicos están regresando a lo lejos. Las tres camionetas aparcan y todos bajan de ellas.

¡Joder! Ahora no…

—No te muevas de aquí —digo mientras salgo por la puerta—. ¡Podéis tomaros el resto del día libre! Pagado.

Todos me miran como si intentaran averiguar si es una broma.

—¡En serio! —grito—. Largos de aquí. Disfrutad de la tarde.

Todos vitorean y gritan mientras se alejan rápidamente en sus coches antes de que cambie de opinión.

Sonrío mientras vuelvo a la caravana con la polla dura como una piedra.

Tengo trabajo pendiente con mi compañera. Trabajo *duro*.

Y me muero de ganas de empezar.

EPÍLOGO

Daisy

Dos años y unos meses después...

—Cumpleaños feliz, querido Colin —cantamos todos a mi adorable pequeño de dos años, que no para de sonreír—. ¡Cumpleaños feliz!

Todos aplaudimos mientras mi primogénito mira la tarta de chocolate con los ojos muy abiertos. Tiene los mismos ojos verdes brillantes que Warren.

—¡No olvides pedir un deseo! —dice papá mientras mamá se prepara para quitar las velas.

Mi hermana me sonríe mientras lo graba todo en vídeo.

Todo el mundo se ríe cuando Colin mete el dedo en la tarta y pone una gran sonrisa al chupárselo para limpiarlo. Lo juro, soy tan feliz en este momento, mirando a mi familia y amigos reunidos, que siento que podría flotar hasta el techo. Por suerte, el brazo de Warren está sobre mi hombro, manteniéndome con los pies en la tierra.

Después de enviar el dinero, invité a mis padres y a mi hermana al rancho para que conocieran a mi nuevo hombre. Vinieron y lo solucionamos todo. Terminaron pidiéndome perdón por haberse creído lo que habían leído en la prensa en lugar de creer a su propia

hija. Hubo muchas lágrimas y muchos abrazos, pero ya hemos dejado todo eso atrás. Tenemos a los pequeños para ayudarnos a mantener la atención en lo que es realmente importante. No el dinero, la fama o el poder: solo el amor.

Mi hermana y yo estamos embarazadas al mismo tiempo. Yo voy a por el segundo y ella a por el primero con su prometido, Greg. Estoy muy feliz de que mis hijos vayan a crecer cerca de sus primos.

—¡Hora de los regalos! —dice Caroline mientras entra con uno grande.

Mantuve el contacto con Caroline y John después de que me ayudaran. Cuando todo el mundo me dio la espalda y no tenía dónde quedarme, Caroline me invitó a su casa y no lo he olvidado. Acabamos hablando todas las semanas y me ayudó mucho con todas mis dudas de madre primeriza. Ella ya había pasado por todo eso con sus gemelos y yo absorbía todo lo que me decía.

Una noche, mientras hablábamos, se nos ocurrió una idea de negocio increíble. Creamos una empresa de alquiler de artículos para bebés, como ropa, carritos, sillas para el coche, juguetes y todo lo demás que los padres primerizos compran y luego usan solo tres meses.

Estábamos tan emocionadas que empezamos de inmediato. Despegó como un cohete. Ahora somos socias y *Baby's First Rentals* acaba de cerrar su primer año con ingresos de seis cifras. Pronto llegaremos a las siete.

Estoy aplicando aquí algunas lecciones valiosas que aprendí la primera vez. No estamos buscando capital externo. Lo estamos haciendo con nuestros propios recursos y está funcionando bien.

Pero la lección más valiosa que aprendí fue elegir a los socios con cuidado. Caroline es una amiga estupenda y una socia de negocios excepcional. Me alegro de tenerla. Formamos un equipo imparable.

—Gran trabajo con la tarta —me susurra Warren al oído mientras Colin devora su trozo.

Hablando de socios increíbles, Warren ha sido el mejor. Es un padre maravilloso y tiene una energía inagotable. Me deja echarme la siesta cuando estoy agotada y siempre está dispuesto a llevar a

Colin a hombros, a jugar a misiones de aventura o a cualquier cosa que el niño le pida.

La vida en este rancho ha sido un sueño. Siempre pensé que era una chica de ciudad, pero las montañas de Montana son mi lugar. Es donde está mi corazón.

—¿Te puedes creer que el año que viene estaremos haciendo esto por partida doble? —susurra mientras su gran mano se desliza sobre mi vientre hinchado. Pongo mi mano sobre la suya y sonrío.

—No puedo esperar.

—Bueno, ¿y cómo os conocisteis vosotros dos? —pregunta papá delante de *todo el mundo*—. Creo que nunca he oído la historia.

Inmediatamente me pongo roja como un tomate.

No pienso decirles que estaba subastando mi virginidad ante una sala llena de multimillonarios, pero no se me ocurre nada.

—Eh, nosotros... esto...

—Por internet —dice Caroline, interviniendo para salvarme. Ella conoce la historia y evita que tenga que contarla. ¿Veis qué buen equipo hacemos?

—¿Alguien quiere más tarta? —pregunta, cambiando rápidamente de tema—. ¿Qué le has echado para que esté tan jugosa?

Empiezo a enumerar los ingredientes mientras le doy las gracias con la mirada. Ella me guiña un ojo.

La casa de subastas nunca regresó. No han vuelto a molestarnos. No sé dónde está Coco St. James ahora ni qué está haciendo, y tampoco quiero saberlo. Me alegro de que estén fuera de nuestras vidas para siempre.

—¿Por internet? —me susurra Warren al oído con una sonrisa.

—¡Bueno, no iba a decirles la verdad!

—Probablemente ha sido una buena decisión —dice mientras me besa en la sien.

Mi corazón se hincha de alegría mientras mi compañero me abraza y vemos a nuestro pequeño cumpleañero mancharse la cara de tarta de chocolate.

No es así como esperaba que fuera mi vida. Para nada. Pero no cambiaría ni una sola cosa.

Es, sencillamente, demasiado perfecto.

EPÍLOGO

Daisy

Cuarenta años después…

—Tenemos que irnos —digo con una sonrisa mientras esas manos grandes y familiares empiezan a deslizarse por mi trasero.

—Ellos tienen la llave —refunfuña Warren con su voz ronca mientras sus labios dejan un rastro de besos por mi cuello.

Gimo al inclinar la cabeza hacia un lado, exponiendo su marca. La besa y todo mi cuerpo experimenta un hormigueo. Me encanta cuando hace eso.

—No podemos llegar tarde —digo, aunque me estoy pegando a él, deslizando mis manos por sus brazos y gimiendo con cada beso que me da.

Estoy protestando, pero sé que estoy a punto de hacer exactamente lo que él tiene en mente. Después de todos estos años, sigo estando dispuesta a hacer cualquier cosa por este hombre.

Hemos pasado la mañana a caballo, cabalgando por las montañas de nuestro hermoso rancho. Nos hemos detenido a alimentar a los patos del lago, pero ahora hay que alimentar otra cosa: la fiera insaciable que mi hombre lleva dentro.

Puedo sentir la intensa necesidad que emana de él cuando sus manos se deslizan bajo mi camiseta. Gimo cuando me agarra los pechos, apretándolos y masajeándolos como si volviéramos a ser unos críos. Estos pechos han pasado por mucho —cuatro niños hambrientos—, pero él los disfruta tanto como cuando eran firmes y nuevos. Lo amo por eso.

Mis propias manos traviesas empiezan a moverse. Suelto un jadeo cuando siento lo duro que está.

—¿Todavía quieres irte? —pregunta él con una sonrisa burlona.

—Cállate —le digo, y él se ríe.

Nuestros cuerpos se mueven de esa forma tan familiar, dejándose caer al suelo mientras empezamos a desvestirnos el uno al otro.

Llevamos unos cuarenta y tres años juntos y cada día con este hombre sigue pareciéndome nuevo y emocionante. No me he aburrido ni una sola vez.

—Van a saber lo que estamos haciendo —digo mientras su mano se desliza por mi vientre.

Nuestros cuatro hijos vienen con sus familias. Tenemos once nietos y otro más en camino. Vienen todos a almorzar el domingo, lo que se ha convertido en una tradición familiar semanal.

—Les diremos que nos hemos perdido —dice Warren con esa voz profunda y gutural que tanto me gusta. Su mano se desliza dentro de mis pantalones y gimo cuando me frota el clítoris—. O que nos han atacado unos lobos.

—Deja de hablar —digo con una sonrisa.

Esos hombros anchos se agitan mientras se ríe entre dientes. —¿Prefieres que mi boca haga otra cosa en su lugar?

Me lamo los labios mientras él me quita los pantalones y la ropa interior. Abro las piernas cuando se coloca entre ellas y empieza a devorarme. Se ha vuelto tan bueno dándome placer con los años... Este hombre está totalmente en sintonía con mi cuerpo. Es un verdadero maestro a la hora de hacerme gemir. Como Beethoven con el piano o Rembrandt con el pincel, sabe exactamente cómo volverme loca.

No pasa mucho tiempo antes de que esté gritando tan fuerte que los patos se asustan y salen volando.

Antes siquiera de que termine de correrse, me da la vuelta y hunde su gran polla profundamente en mi interior.

Este hombre se vuelve más sexy cada día que pasa. Me encanta su pelo entrecano y la forma en que ha mantenido toda su musculatura firme. Este hombre maravilloso sigue teniendo su tableta de chocolate a pesar de que no le he visto hacer ni un solo abdominal en las cuatro décadas que llevamos juntos.

Los dos nos corremos al mismo tiempo y gimo ante la maravillosa y familiar sensación de estar tan conectados. De estar tan enamorados.

Sigo sin poder creer que nos conociéramos de una forma tan extraña.

Warren me salvó de una vida horrible y me dio una increíble. La más perfecta, mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Ya no me importa si llegamos tarde al almuerzo.

Pueden empezar sin nosotros.

Nosotros ya hemos saciado nuestra hambre…

Él gime cuando me pongo a horcajadas sobre su gran cuerpo, agarro su polla dura y hago que se deslice de nuevo dentro de mí.

…y ya estamos con el postre.

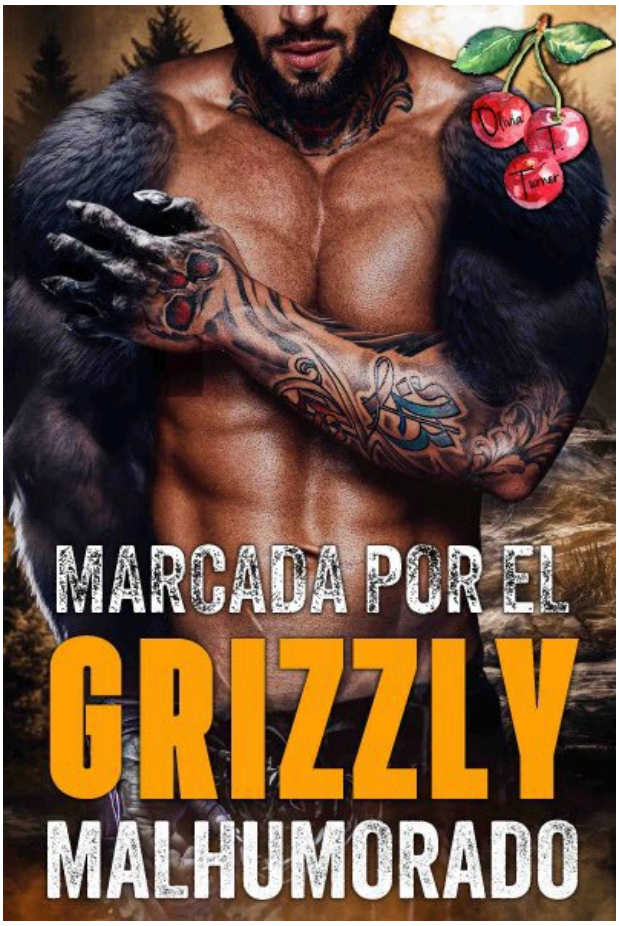
El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Marcada por el Grizzly Malhumorado
Calor & Tinta libro 1
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Por fin fui a hacerme un tatuaje.
Se suponía que sería un hermoso lirio blanco, pero el grandullón y gruñón tatuador tenía otra cosa en mente.
Solo que no me lo dijo, maldita sea, antes de empezar.
Cuando llega el momento de la gran revelación, no veo una bonita flor.
Veo su nombre.
Tatuado en la parte posterior de mi hombro.
Dice que soy suya.

Que soy su compañera.
Mis amigos le dicen que se vaya al infierno.
Que lo vamos a demandar.
Pero a esta bestia malhumorada no le afecta.
No le importa en absoluto.
Sigue diciendo que me ha marcado, así que ahora le pertenezco.
Lo peor es que creo que puede tener razón.
Esto no puede estar pasando.
El destino no puede ser tan cruel como para unirme a un idiota como él.
No puedo estar emparejada con este gran oso cambiante gruñón, ¿verdad?
¿¿¿VERDAD???

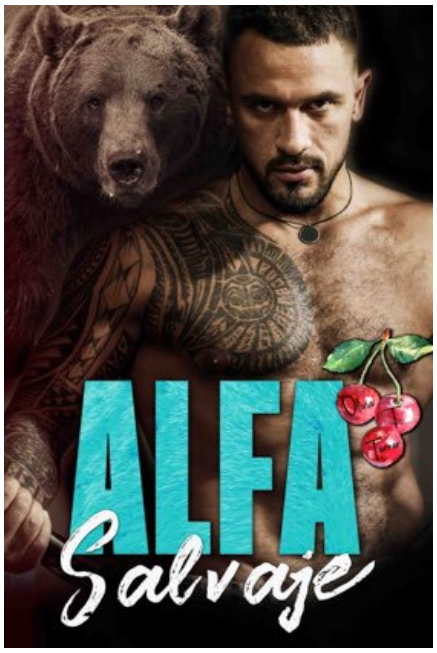
Bienvenidos a Heat & Ink donde los posesivos y ardientes tatuadores dejan su marca de más de una manera.

Obtén el libro aquí

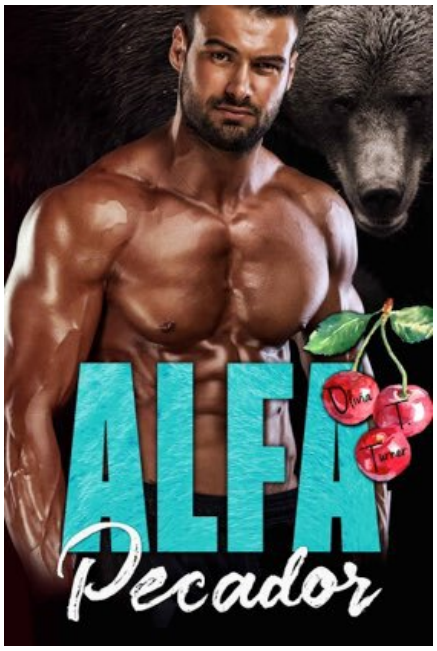
Continúa la serie con:

Marcada por el Oso Polar Posesivo
Marcada por el Grizzly de Boca Sucia

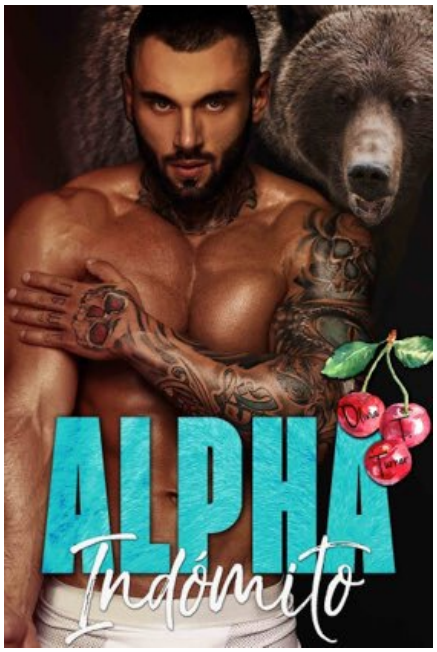
La Obsesión del Alfa



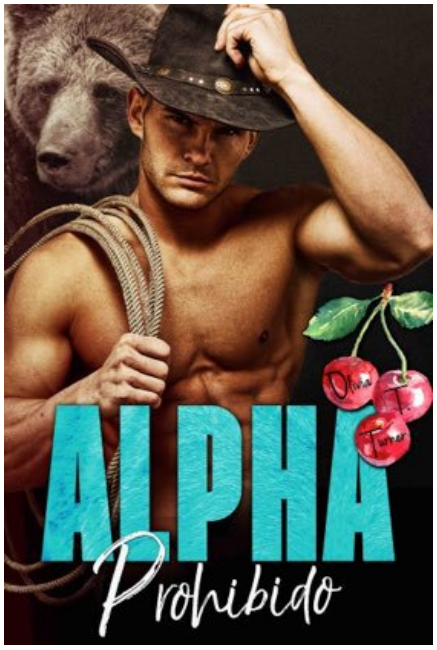
Alfa Salvaje
Obtén el libro aquí



Alfa Pecador
Obtén el libro aquí



Alpha Indómito
Obtén el libro aquí



Alpha Prohibido

Obtén el libro aquí
